CASARME CON

el papá de mi bebé



Cómo cazar a un marido 5

Caryarit Ferrer

Selecta

Casarme con el papá de mi bebé

SERIE
Cómo cazar un marido 5

Caryarit Ferrer

Selecta

Prólogo

Cupido se despertó en medio del lago, flotando sobre un flamenco inflable de plástico. La fiesta de anoche había sido salvaje, una celebración del elenco tras terminar de filmar una adaptación de Jane Austen en el pueblo. Ahora era de mañana y todos se habían ido. Aunque el lago volvía a estar tranquilo e impecable, el aire húmedo aún conservaba un leve olor a alcohol; a esa gente realmente le gustaba festejar.

Cupido siempre se colaba en todas las fiestas sin invitación; después de todo, un ser tan poderoso podía disfrazarse y jugar con la mente de los humanos para que jamás notaran que estaba sembrando el caos.

Cupido escuchó un estallido y abrió los ojos. Desde la orilla, a solo unos metros, Fobos sonreía.

Gruñó. Le dolía la cabeza y estaba seguro de que Phobos solo había venido a darle más trabajo, pero lo único que quería era dejar que la resaca se le fuera flotando.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Cupido, echándose el agua fría del lago en la frente.

—Llegas tarde —insistió Fobos, cruzándose de brazos.

Su ropa negra brillaba y empeoraba el dolor de cabeza de

Cupido, un contraste absoluto con la suya, blanca y ahora manchada de kétchup.

—¿No crees que deberíamos encontrar a un humano que invente una cura para la resaca? —Cupido hizo girar el flamenco en el agua —. ¿Por qué siquiera nos da resaca?

—Se llama ibuprofeno. Y llegas tarde —repitió Fobos.

—No recuerdo para qué llego tarde —dijo Cupido.

—Obviamente —respondió Fobos, mirando el estado de su ropa y juzgándolo en silencio. Cupido nunca sabía cuándo detenerse y le encantaba mezclarse demasiado con los humanos, decidió—. Llegas tarde para el nuevo punto de nuestra apuesta. ¿Acaso la recuerdas? Claro que no —se burló—. La de hacer que parejas se enamoren siguiendo una consigna de estas. —Una revista femenina de los años cincuenta se materializó en la mano de Fobos.

—Ah, sí, esa apuesta —recordó por fin Cupido—. La que siempre gano. —Sonrió con picardía—. La estoy rompiendo aquí. Una diseñadora de vestidos de novia se mudó al pueblo por la cantidad de bodas que tuvimos el año pasado. ¿Te imaginas? —le dedicó una sonrisa amplia a su hermano.

—Has cumplido, sí —confirmó Fobos—. A medias, pero has cumplido.

—¿Cuántas van? ¿Veinte parejas ya? —Cupido empezó a contar mentalmente, aunque en el primer año de la apuesta había estado saltando en el tiempo y sus recuerdos eran un poco borrosos.

—Pero últimamente has estado flojo —lo interrumpió Fobos—. Y todavía nos faltan ochenta parejas más por unir. Y esta vez, más te vale no volver a hacer trampa.

—¿Trampa? —exclamó el dios, ofendido—. ¡Yo jamás haría trampa!

—¿Crees que no veo cómo eliges parejas que ya están medio

enamoradas? —Fobos frunció el ceño—. Sí, Santiago llevaba años enamorado de Cecilia, y ni hablar de Juan Pablo.

—No fue el caso con Ariana y Samuel, ni con Maga y Juan Pablo. Maga lo detestaba. —Cupido flotó hasta la orilla—.Phobos, te estás convirtiendo en una deidad amargada.

—Está bien —concedió el dios del miedo—. Te concedo esos. Maga realmente odiaba a ese tipo. Pero ¿las últimas tres o cuatro?

—¿Estás dudando de mí? —Cupido se levantó y enfrentó a Fobos —. ¿De verdad crees que no puedo hacer que las personas se enamoren? ¿Aunque la conexión entre ellos no tenga ningún sentido?

—Sí, exactamente, hermano, eso creo. —Cupido le lanzó una mirada sucia. Solo porque el cuerpo que había elegido en ese momento se viera masculino, usar un pronombre físico para referirse a un dios era una ofensa—. Usa completos desconocidos la próxima vez o ganaré por defecto.

—¡Está bien! —Cupido estaba seguro de que podía mezclar a quien quisiera—. Pero ¿por qué estás tan empeñado en esto?

—Todo es parte del gran plan —guiñó un ojo Fobos.

—Entonces dame el desafío —suspiró Cupido, mientras el dolor de cabeza empeoraba.

Su hermano simplemente desapareció, pero en cuanto Cupido miró la arena, las palabras comenzaron a formarse:

«Consejo 39: Tiñe tu cabello, elige un tono y mantente fiel a él».

—Tan teatral —se quejó la deidad.

Luego pensó en la dificultad de la tarea y golpeó el agua con frustración.

—¡Maldito genio!

No había una peluquería oficial en el pueblo, solo visitas a domicilio en la casa de Olimpia si querías cubrirte las raíces, donde

Cupido sospechaba que la mujer cobraba en chismes. Pero mientras hacía girar el flamenco inflable, se le ocurrió una idea. La próxima víctima ni siquiera estaba lejos y, por suerte, también había un hombre interesante cerca.

Capítulo 1

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Señor, por favor! ¿Puede ayudarme?

Una persona vestida de un blanco deslumbrante, con una maraña de cabello negro cubriéndole el rostro, chocó a toda velocidad contra Connor, interrumpiendo su paseo por el bosque cercano al pueblo donde últimamente estaba filmando una película. La verdad era que había tomado cariño a esos senderos de grava.

—¡Hay una chica tirada allá! ¡Creo que le pasó algo! —La persona se giró y señaló un camino entre los árboles—. Está ahí, en el suelo.

—Seguro solo está descansando —respondió él.

Los locales solían caminar o hacer ejercicio en esa montaña. Solo esperaba que no fuera consecuencia de la intoxicación por la fiesta demencial del elenco de la noche anterior, a la cual él no había podido asistir por un malestar estomacal.

—No lo creo —dijo la persona, mirando hacia el sendero—. ¡Tiene que ayudarla! —insistió de manera extrema.

—Voy a llamar una ambulancia —dijo Connor, sacando su nuevo teléfono plegable, cortesía de su más reciente comercial—. Mi equipo está por aquí, estamos tomando algunas fotos, y uno de ellos tiene entrenamiento en primeros auxilios. Tal vez puede ayudar —

añadió, llevándose el teléfono al oído mientras escuchaba el tono de la línea de emergencias.

—¡Gran idea! —La persona se movió con rapidez y le arrebató el teléfono de la mano—. ¡Yo llamaré por ayuda y usted vaya y ayúdela! ¡Rápido!

—Pero…

La persona lo empujó con una fuerza sorprendente y, por instinto, Connor corrió hacia el sendero. A pocos metros, vio a una chica tendida en el suelo. Al acercarse, notó que un perro negro de tamaño mediano y pelo largo estaba echado a su lado, mirándolo fijamente.

—Oye, perro, por favor, no me muerdas. Voy a ayudarla, ¿sí? —Se acercó con cuidado—. Estoy intentando ayudar. —Reconoció a la chica, La había visto antes por el pueblo—. Señorita, ¿está bien?

El rostro de la joven estaba cubierto por su brazo izquierdo. Llevaba ropa deportiva y su cabello largo estaba teñido de rubio con *balayage* rosa. Si no fuera porque no despertaba, habría pensado que solo estaba tomando una siesta.

—Señora, ¿está despierta? —Se arrodilló junto a ella, cuidando que sus pantalones de diseñador no tocaran el lodo—. ¿Qué hago ahora, Lolo? —preguntó al perro, leyendo el nombre en su placa. El perro solo movió la cola y bostezó—. Interpreté a un doctor en una serie; uno pensaría que algo se me habría quedado —se quejó—. ¿Debería tomarle el pulso?

El perro no ayudaba en nada, solo lo observaba. Connor notó que el pecho de la chica subía y bajaba. Al menos respiraba. Junto a ella había una mochila negra. Connor la abrió por si encontraba algo útil, pero no tuvo suerte. Dentro solo había maquillaje, una identificación y un par de billetes.

—Me pregunto si la persona que me detuvo logró llamar por

ayuda —le dijo al perro.

Connor sacudió suavemente el hombro de la mujer. ¿Qué debía hacer ahora? No sabía! Tal vez debería levantarla y sacarla del bosque. No tenía muchas opciones, pero no se marcharía, jamás podría dejar sola a una desconocida inconsciente.

—Si solo estuviera durmiendo, ya debería haberse despertado, ¿no? —Decidió apartarle el brazo del rostro para revisar si tenía alguna herida en la cabeza—. ¿Señorita? ¿Señorita Rebeca? ¿Está bien?

Los ojos de ella se abrieron de golpe —grandes, color avellana, agudos, demasiado alertas— y, antes de que él pudiera decir una palabra, un cuchillo estaba apoyado contra su garganta.

Capítulo 2

—¡Bastardo! ¿Crees que puedes aprovecharte de una mujer en el bosque? —exigió Rebeca, sosteniendo el cuchillo con firmeza.

Su insistencia en llevar cubiertos de metal en la mochila en vez de usar plástico finalmente había sido útil, a pesar de las críticas de su madre.

—No, señorita, cálmese —pidió el hombre—. Solo estaba revisando si estaba despierta. Alguien me dijo que estaba herida aquí y… —Él se quedó en silencio.

Rebeca levantó la vista para memorizar su rostro y denunciarlo después… y se quedó helada. Era absurdamente guapo: ojos oscuros y penetrantes, barba perfectamente cuidada, piel impecable. Y además era Connor Langley, la superestrella inglesa que estaba filmando en el pueblo y tenía a todas las mujeres revolucionadas. Un hombre así podía tener a cualquier mujer del mundo. No necesitaba estar manoseándola en medio del bosque. Algo no le cuadraba. Tal vez por eso tenía cuarenta y tres años y seguía soltero. Él aprovechó su distracción para quitarle el cuchillo y lanzarlo lejos.

—¿Qué estás haciendo? —gritó ella—. ¡Aléjate de mí! ¡Lolo, ayúdame!

El perro simplemente se levantó y movió la cola.

—Así que las dos están juntas para robarme, ¿eh? —escupió él.

—¿Qué? —Rebeca parpadeó. Tal vez seguía medio dormida, pero nada tenía sentido—. ¿Por qué querría robarte?

—¿Se supone que debo creer que la persona que me quitó el teléfono y tú no estáis trabajando juntos? ¿Que todo esto no fue un plan para atraerme aquí y asaltarme, eh, *ángel*?

Ella vio cómo su cerebro armaba teorías completamente ajenas a la realidad. Intentó levantarse, pero él la empujó por el hombro.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡No te estoy robando, tú me estás atacando! —Esto era una locura. ¿Por qué se había quedado dormida? ¿Y cómo era que despertaba con Connor Langley (actor, cantante, superestrella) encima de ella acusándola de robarle? Sabía que todo el elenco de la película estaba en el pueblo y todos habían conocido al resto del reparto, pero a él no; a él lo mantenían apartado, como un tesoro protegido… o tal vez era prevención contra escándalos o acosadoras—. Yo solo me quedé dormida. Ni siquiera sé cómo o por qué estás aquí. ¡Ahora quítateme de encima!

—Qué conveniente. Qué inocente, ¿no, *ángel*? —casi escupió el apodo—. Tú «solo te quedaste dormida» y a mí me enviaron a «ayudarte». —Hizo comillas en el aire.

—Viste a alguien pidiendo ayuda —dijo Rebeca asustada, entendiendo al fin—. Olimpia decía que había fantasmas en este bosque, pero pensamos que no quería que su nieta viniera sola y estaba siendo sobreprotectora.

Cuando eran niñas, solían escaparse para jugar a la ouija hasta que su tío les hizo una broma disfrazado de diablo Yare para asustarlas.

Él suspiró y, moviéndose con rapidez, le sujetó las manos por encima de la cabeza, inmovilizándola, mientras el perro los observaba.

—¡Me vas a devolver mi teléfono! No vas a filtrar nada de lo que hay ahí o destruiré tu vida. Así que empieza a hablar y dime cómo lo recuperaremos.

—¡No quiero tu estúpido teléfono, suéltame! —Forcejeó sin éxito; él era más alto y fuerte, y maldijo su metro cincuenta y tantos.

—Puedo ser razonable —dijo él, cambiando de estrategia—. Lo que sea que os están pagando por las fotos del romance de mis compañeros, lo duplico.

—¡No estoy coludida con ningún fantasma y no tengo tu teléfono! —lo fulminó con la mirada.

—Alguien de mi equipo me encontrará pronto. Quedamos en vernos cerca. Iré a la policía y haré que te arresten —la amenazó—. La prisión será muy divertida para ti, *ángel*.

—¡Perfecto! ¡Vamos a la policía! Yo les contaré cómo atacas mujeres en el bosque —replicó ella.

—¡No te estoy atacando! —dijo, pero la soltó al notar lo comprometido de la posición—. Escucha, devuélveme el teléfono. Estoy seguro de que en este pueblo todos sabrán decirme dónde encontrarte cuando describa a una mujer bonita con mechones rosas. —La ayudó a sentarse, pero aún le sujetaba la muñeca izquierda; seguramente le dejaría marca—. No pasas precisamente desapercibida.

—¿Crees que soy bonita? —preguntó ella, sorprendida.

Sabía el impacto que causaba en las señoras mayores con su cabello rosa y sus tatuajes, pero ya estaban acostumbradas a la chica excéntrica del pueblo. Él la soltó, desconcertado.

—Solo dime dónde está mi teléfono y terminamos con esto.

—¡No tengo tu teléfono! ¡Y no lo quiero! —Le dio un cabezazo y logró ponerse de pie antes de que él volviera a empujarla contra el

suelo con todo su peso.

—¡Dame mi teléfono! —suplicó él—. Puedes arruinar su carrera si lo expones.

Ah.

Ahora entendía. No era un ataque sin sentido; Connor estaba protegiendo a un amigo.

—Te juro que no tengo tu teléfono. Nadie está conspirando para vender tus fotos.

—Escucha, *ángel*, sé racional. Puedo ofrecerte dinero. Lo que sea que te ofrecieron, lo triplico. Solo dime cuánto quieres para devolvérmelo.

—¡No tengo tu estúpido teléfono! ¡Solo estaba descansando! ¡Me canso por tener dos trabajos!— ¿Qué clase de karma había acumulado para que una celebridad la acusara de robo?

—Entonces, *ángel* —dijo él, increíblemente calmado—, ¿debo creer que todo esto es un malentendido? ¿Y que simplemente duermes en el bosque? ¿En un bosque lleno de fantasmas?

—¡Sí! Y si me sueltas, puedo ir contigo a la policía. El jefe es mi tío.

—Qué conveniente. Inmunidad —dedujo él.

Ella puso los ojos en blanco.

—Bien, iremos. Llamaré a alguien por encima de tu tío. Y no te perderé de vista hasta que lleguemos.

—Como quieras. No es como si mi cabello rosa pasara desapercibido.

Él la ayudó a levantarse y ella se sacudió la grava del trasero, complacida al notar que los carísimos pantalones de diseñador de Connor ahora estaban rasgados.

—¡Lolo! ¡Traidor! ¡Ni siquiera intentaste defenderme! —le reprochó al perro.

Lolo solo se estiró y comenzó a caminar junto a ellos.

Capítulo 3

—¿Y ahora qué demonios haces aquí? —le reclamó Rebeca a Connor.

Estaban a punto de jugar béisbol y, de pronto, él estaba calentando con el equipo de Samuel. No lo había visto desde la semana anterior. Después de que fueron a la comisaría, su tío logró calmarlo y juró hacer todo lo posible por encontrar su teléfono y proteger lo que fuera que tuviera allí. Connor se había ido sin siquiera pedirle disculpas por lo ocurrido en el bosque.

—Estoy jugando béisbol, *ángel*. —Connor se dio la vuelta y empezó a hacer amagues desde primera base, aunque el partido ni siquiera había comenzado y no se podía robar la segunda.

—¡No, no vas a jugar! —insistió Rebeca—. ¡Vete del pueblo! —Le quitó la pelota de la mano y él se echó el flequillo hacia atrás con nerviosismo. Tenía el cabello castaño, largo y precioso, notó ella con fastidio—. Juan Pablo, dile que no puede jugar —exigió al capitán del equipo.

—¿Qué? —preguntó Juan Pablo, distraído, mirando cómo Maga, su esposa, estiraba.

—¡No eres bienvenido aquí! —insistió Rebeca—. Los equipos ya están completos. Además, vas a arruinar tu ropita elegante en esta

tierra —señaló su impecable uniforme azul turquesa de béisbol.

—Según lo que leí la última vez que revisé el reglamento, no es tu decisión, *ángel* —dijo con una sonrisa ladeada. La miró como si fuera una mota de polvo.

Rebeca decidió odiarlo para siempre.

—¿Te está molestando? —Maga llegó corriendo con un bate en la mano. Si la historia servía de referencia, no dudaría en usarlo.

—No te preocupes, ya se va —insistió Rebeca.

David y Juan Pablo también se habían acercado, y Juan sujetaba el bate y a su esposa, lo cual, Rebeca tuvo que admitir, muy a su pesar, era lo más prudente.

—Espera, ¿no eres...? —Maga se quedó boquiabierta—. ¡Connor Langley! —gritó.

Rebeca supo que en cuestión de minutos todas las mujeres del pueblo invadirían el campo.

—Es el de la película, ¡sí! —confirmó Ariana, que acababa de llegar, abanicándose, fascinada—. Qué gusto conocerte por fin.

Desde las gradas, Samuel, su esposo, resopló.

—Es él —explicó Juan Pablo—. Y su equipo está haciendo una donación muy generosa al hospital del pueblo, así que más vale que seáis amables. Connor, necesito que cubras la primera base.

Ambos equipos comenzaron a murmurar sobre arreglar la cerca oxidada del hospital.

—No, no puede jugar. Vete —insistió Rebeca.

El viento levantó la falda de su vestido largo y la tela se enredó alrededor de las piernas de Connor. Era absurdo correr sosteniéndose la larga falda, pero la tela del uniforme del equipo le daba urticaria, por tanto, no le quedaba más remedio que hacerlo así si no quería caerse y mostrar el trasero a todo el pueblo.

—No. —Por fin le prestó atención y se alzó frente a ella.

Rebeca apenas le llegaba al hombro, pero eso no la intimidó. En la escuela se burlaban de ella por su estatura hasta que descubrían que no dudaba en caerse a golpes… o jugar sucio.

—No me voy. Voy a jugar en primera base y tú eres la bateadora, *ángel*. Así que más te vale tener cuidado.

—Dios mío, ¿se van a besar? —preguntó Ezequiel, acercándose con una jarra de limonada para compartir.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —empezó a corear alguien en las gradas.

Rebeca alcanzó a ver a una persona vestida de blanco brillante, pero no logró reconocer la voz. Un segundo después, Ezequiel se unió al coro. Aquello se sentía como una intervención del mismísimo infierno.

Connor suspiró e hizo un gesto hacia las gradas, y el cántico se detuvo.

—Escucha, *ángel*. Lo siento, ¿sí? Mi teléfono fue devuelto al set con una nota de esa desconocida diciendo que entró en pánico. Ya sé que eres inocente y lamento haber sacado conclusiones precipitadas. —Se pasó la mano por el cabello otra vez—. Acusarte falsamente y todo eso. Pero intenta ponerte en mi lugar. Estoy acostumbrado a fans locas y a los paparazzi. —Bajó la voz y, distraídamente, se llevó la mano al pecho—. Intentaba hacer lo correcto y, dadas las circunstancias, ¿no habrías pensado lo mismo?

—Supongo que sí. —Cedió ella. Parecía lo bastante arrepentido, y pudo ponerse en sus zapatos; ella y Maga solían aliarse todo el tiempo para ahuyentar a los acosadores homofóbicos de Ezequiel. Así que decidió dejarlo pasar. No lo odiaría.

—Y necesito jugar para que me tomen fotos «espontáneas» —hizo comillas en el aire— siendo «normal» y pasando el rato con gente común como tú. Así que… ¿tregua? —Extendió la mano.

—Tregua —respondió ella, de mala gana. Pero no le estrechó la

mano. Y deseó con todas sus fuerzas que su equipo le diera una paliza.

Capítulo 4

—Por el amor de Dios, tú otra vez... ¡No!—dijo Rebeca cuando Connor se subió al taxi que ella manejaba—. Creía que el elenco ya se había ido del pueblo.

Todo el set de filmación había sido desmontado, y ella sabía con certeza que Silvia se había ido con uno de ellos, Zack. Él visitaba el pueblo a menudo para ver a su hermano gemelo, Samuel, y Silvia llevaba meses enamorada de él.

—Buenas noches a ti también, *ángel*. —Connor se acomodó el cabello y se relajó en el asiento trasero. Lolo, que iba dormido en el asiento del copiloto, se levantó para olerlo. Rebeca tuvo que admitir que se veía increíble con ropa casual: camisa blanca y jeans—. Está bien, tomaré otro taxi si mi presencia te molesta tanto.

—¡Soy el único taxi disponible a esta hora en todo el pueblo! —Él jamás entendería que, en un lugar como ese, un solo auto bastaba para cubrir la demanda.

—Escucha —suspiró Connor—, solo necesito ir a casa y mi coche está descompuesto, ¿sí? Sé amable, *ángel*. No seas mala perdedora solo porque os ganamos en el partido de béisbol.

—¿A dónde te llevo? —preguntó ella, sin caer en la provocación. Cuanto antes lo llevara, antes se libraría de él.

—Alquilo una casa al suroeste de la plaza principal, la de dos pisos, color gris, con el portón artístico.

Ni siquiera la miraba; estaba entretenido con su elegante teléfono con cámara, uno que la gente común jamás podía conseguir. Maldición, ella ni siquiera podía permitirse uno con identificador de llamadas.

—¿La que tiene toda la seguridad? Nadie lo habría imaginado —bromeó. A través del espejo retrovisor vio a Connor sonreír de verdad. Con la luz del farol iluminándole solo la mitad del rostro, se veía absurdamente guapo. Rebeca se sintió nerviosa y decidió encender el motor—. Vives en la casa más lujosa del pueblo —añadió—. Se construyó originalmente para el hijo de los fundadores, pero hace unos años ocurrió un accidente terrible.

—¿Ah, sí? —Lolo no dejaba de pedirle caricias, y Connor le rascó las orejas peludas—. Hola, perrito.

Rebeca tuvo que tensar la correa especial que lo sujetaba al cinturón de seguridad para evitar que saltara al asiento trasero.

—Choque múltiple. Tres autos. Murieron todos. Quince víctimas. ¿Te importaría poner esto atrás? —le entregó una carpeta manila—. Para que Lolo no la ensucie con sus patas llenas de barro.

—Claro.

Connor tomó la carpeta. En ese mismo instante, un auto se pasó el semáforo en rojo a toda velocidad y Rebeca frenó bruscamente. Connor fue impulsado hacia adelante y la carpeta cayó al suelo; causando que los documentos se esparcieran por la alfombra del taxi.

—¿De dónde salió ese auto? —murmuró ella, sorprendida. Nunca había visto un convertible rojo en el pueblo. Revisó a Lolo, que seguía desparramado feliz en el asiento.

—¿Estás bien? —le preguntó finalmente a Connor.

—Sí, estoy bien. ¿Y tú?

—Avisaré a mi tío de que alguien anda manejando como loco. —Estacionó a un lado y sacó el teléfono.

—Lo siento mucho —dijo él—. Desordené tus papeles. Los organizo, no te preocupes.

—¡No! —Casi lo gritó. No quería que mirara lo que había dentro —. ¡Déjalos así! ¡Luego los recojo!

Demasiado tarde. Él ya tenía la primera hoja en la mano. Y ella supo exactamente qué estaba leyendo. Por supuesto que esa era la hoja del presupuesto. Sintió cómo la vergüenza le incendiaba las mejillas.

—Tratamiento de FIV… inseminación… banco de donantes de semen... —leyó en voz alta—. ¿Estás intentando quedar embarazada con un donante?

La sangre le inundó el rostro. Había hecho hasta lo imposible para ocultarlo del pueblo, para evitar los juicios y las habladurías. Y ahora la última persona en el planeta a la que habría elegido para contárselo conocía su secreto.

—¡Eso es privado! —le arrebató los papeles.

—Lo siento —dijo Connor con sinceridad—. Tienes razón. No debí leerlo.

—No son míos —mintió, arrancando el motor.

—La carpeta tiene tu nombre —la expuso.

El coro de ranas nocturnas llenó el aire mientras ella pensaba qué responder.

—Sí, lo estoy intentando —admitió al fin.

Había logrado mantenerlo en secreto de todos, siendo extremadamente cuidadosa cuando viajaba a ver al especialista. Y ahora, de todas las personas posibles, Connor lo sabía.

—Estos procedimientos son caros porque tengo más de treinta y

cinco —continuó—. Por eso trabajo tanto y me quedo dormida en el bosque en lo que se supone que es mi rutina de ejercicio. Necesito pagarlo y ahorrar para el bebé.

—Suena a una buena planificación —dijo él simplemente, aunque se acomodó incómodo en el asiento. Esa incomodidad era exactamente lo que ella había intentado evitar escondiéndoselo a todos.

—Y te advierto que si le cuentas a alguien del pueblo, iré a la prensa y me inventaré una historia sobre cómo te sacas los mocos en la plaza principal —lo amenazó justo cuando llegaban a su casa.

El auto de David pasó tocando la bocina y ella le hizo un gesto con la mano.

—Estás loca, ¿lo sabías? —dijo Connor al bajarse.

—No has visto nada—respondió ella.

Él soltó una carcajada mientras se alejaba.

Capítulo 5

—Yo lo haré —dijo Connor, sentándose frente a Rebeca.

Estaban en la cafetería del pueblo. Ella acababa de pedir un capuchino antes de entrar a su turno de las ocho de la mañana. Le sorprendía verlo allí; llevaba solo una camisa marca Polo color café y jeans, pero, aun así, destacaba. Varias personas los miraban sin disimulo, aunque nadie se atrevía a acercarse.

—¿Harás qué? ¿Saludar? ¿Ser educado? ¿Pedir permiso antes de sentarte en mi mesa? —replicó Rebeca.

Connor dudó un momento antes de hablar; a ella le pareció que estaba luchando contra sus propios demonios.

—Seré el padre de tu bebé —dijo con decisión… y enseguida se sonrojó.

Rebeca escupió el café.

—¿Qué dijiste? —Miró alrededor, esperando que nadie hubiera escuchado. Por suerte era temprano y el lugar no estaba tan lleno como de costumbre.

—Te ayudaré a tener un bebé. No necesitas buscar un donante, yo lo haré —insistió.

—No voy a tener sexo contigo. —Negó. Pero la imagen de ambos entrelazados entre las sábanas le invadió la mente. No sabía si debía

sentirse tentada u ofendida, así que apartó el pensamiento de su cabeza.

—Es la primera vez que escucho eso —bromeó él.

Y Rebeca le creyó. Además de ser absurdamente famoso y rico, tenía un atractivo capaz de hacer perder la cabeza a cualquier mujer cuerda.

Ella se encogió de hombros.

—No va a pasar —insistió mientras revolvía el azúcar en su café con irritación.

—No lo decía de esa forma. Te daría una… —buscó la palabra— muestra. Sería tu donante.

—¿Por qué siquiera ofreces algo así? —preguntó—. Debes tener montones de mujeres deseando formar una familia contigo. La mitad de las de este pueblo aceptarían sin pensarlo.

—Yo tampoco me estoy haciendo más joven —explicó.

Tenía cuarenta y tres años; ella lo había buscado en internet. También sabía que había tenido una relación tormentosa con una actriz hasta hacía poco.

—Quiero ser papá. Y estoy cansado de buscar a alguien que me quiera por quien soy y no por la idea que tiene de mí. Prefiero abordar esto de forma lógica con alguien que tenga los mismos objetivos, en lugar de volver a terminar con el corazón roto o utilizado. —Sonaba herido—. Pareces sana, mentalmente preparada… y con buenas caderas. —Se acomodó el cabello otra vez. Rebeca notó que lo hacía cuando estaba nervioso.

—¿Estuviste mirando mis caderas? —preguntó, indignada.

—Este pueblo parece un buen lugar para criar niños —continuó él, ignorando la pregunta. Se veía decidido.

—¿También planeas estar aquí para criarlo? —Se dio cuenta de que sonaba como si estuviera aceptando cuando él sonrió.

—No. Seguiré con mi trabajo, pero puedo venir a visitarlo. Y compraré la casa para él. Tú podrías vivir allí.

—Ya tengo casa… bueno, un departamento. Y no he aceptado nada. Tengo que irme a trabajar. —Terminó su café de u trago y ya estaba frío.

—Podemos discutir la vivienda. No hay problema. Mi abogado redactó un contrato y verás que es muy justo. —Sacó una carpeta de su bolso y la dejó sobre la mesa—. Puedes hacer cambios, consultarlo con tu abogado.

—La gente normal no tiene abogados —respondió ella, levantándose—. Hoy estás sonando extremadamente loco. Tengo que irme.

—*Ángel*, solo te pido que lo pienses, ¿sí? —Le entregó la carpeta. De fondo, la barista trapeaba el piso, intentando acercarse con discreción para oír la conversación.

—Tengo un nombre —replicó ella.

—Rebeca María Domínguez Herrera —dijo él con seguridad.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿Cómo sabes mi nombre completo?

—No podía ofrecer algo así sin hacer un poco de «investigación» —hizo comillas en el aire.

—¿Me investigaste? ¿Cómo te atreves? —Tuvo que contenerse para no gritarle; no iba a permitir que todo el pueblo se enterara de esa conversación absurda.

—Necesitaba asegurarme de que no fueras una criminal si iba a vincularme contigo por dieciocho años. Así que ahora sé todo lo que hay que saber sobre ti.

—Eso es imposible —dijo, cruzándose de brazos.

—Tienes treinta y ocho años, eres ingeniera, te gusta leer y tocar la guitarra. Ayudas con el hijo de la vecina. Tu última relación seria

terminó hace cuatro años. Has estado hospitalizada siete veces por cálculos renales. Eres cercana a tu madre. Tu padre se fue cuando tenías cinco y murió hace diez años. Fue una investigación exhaustiva.

—Me gustaría investigar de dónde sacaste la audacia. —Ella no podía creer que hubiera descubierto todo eso. Tomó su bolso y decidió irse, dejando la carpeta sobre la mesa.

—Solo te pido que lo pienses —dijo él, rodeando la mesa para mirarla a los ojos—. Piensa en los beneficios. No tendrías que trabajar tanto. Yo puedo pagar todo: pañales, escuela, los gastos del tratamiento.

—Esto tiene que ser una broma. ¿Ahora eres presentador de algún programa de esos? —Miró alrededor buscando cámaras. Todos fingían concentrarse en su café mientras intentaban espiar sin ser descubiertos. Gracias a Dios, nadie parecía haber escuchado .

—No lo es —respondió él, serio. La arrogancia había desaparecido; sin ella se veía más vulnerable—. Hablo en serio. Sé que no es convencional, y entiendo si quieres pensarlo o hacerme más preguntas antes de decidir. *Ángel*… es lo que realmente quiero. Solo piénsalo, ¿sí? —Le tomó la mano y un cosquilleo recorrió el cuerpo de Rebeca. Luego volvió a poner la carpeta en sus manos.

—Está bien. Lo leeré.

Capítulo 6

Rebeca respiró hondo y tocó el timbre de la casa más grande del pueblo. Apenas unos segundos después, Connor abrió la puerta.

—¡*Ángel*! —No parecía sorprendido de verla allí; una pequeña sonrisa ladeada hizo que ella casi se arrepintiera de su decisión—. ¿Puedes darme un minuto? Estamos por terminar una entrevista. Pasa, por favor —la invitó a entrar.

—Sí, claro. —Rebeca entró a la casa, y vio que estaba llena de cámaras, así que dio media vuelta y salió otra vez.

—Me quedaré aquí sentada. —Había una silla blanca en la entrada, junto a los macizos de flores.

—¿Estás segura? Puedes pasar.

—No quiero aparecer por accidente en cámara —explicó.

—Está bien, entonces espera en la cocina. No me sentiría cómodo dejándote aquí al sol.

Era mediados de diciembre, lo que en el pueblo llamaban «la temporada fría». Cerca de Navidad, la temperatura bajaba unos diez grados y todos disfrutaban de un pequeño respiro del calor habitual. Rebeca entró con cierta resistencia y se sentó en un banco negro de la cocina.

—Enseguida estoy contigo —dijo él, dejando frente a ella un

plato con frutas y queso.

Ella cogió una uva.

La casa era masculina, pero acogedora. Meses atrás había corrido el rumor de que un equipo de veinte personas había llegado para decorarla antes de que comenzara el rodaje. Pisos de roble oscuro, un sofá seccional gris carbón sobre una alfombra peluda, un tocadiscos, algunos libros apilados y una sola fotografía enmarcada que ella no alcanzaba a distinguir. La cocina tenía gabinetes azul marino y una encimera de cuarzo blanco. Olía ligeramente a cedro y a algo más que no lograba identificar… un olor más personal, quizás. Connor pasó rozándola sin querer, y ella reconoció su colonia. El aroma invadió sus sentidos, nublándole la mente. Quiso acercarse a su cuello y aspirarlo. Estaba tan cerca… y si ella simplemente lo jalaba hacia ella… Se detuvo de golpe. ¿Qué estaba pensando? El médico le había advertido que las inyecciones hormonales podían alterarla, pero no imaginó que sería desde la primera. Por suerte, Connor no notó nada y se sentó en el sofá para continuar la entrevista.

—¿Qué elementos modernos introdujeron en esta adaptación? —preguntó la reportera.

Era hermosa, con el cabello largo, castaño y ondulado. Vestía pantalones azules elegantes y una blusa amarilla. Rebeca se preguntó si Connor siempre estaba rodeado de mujeres así: sofisticadas, con la vida resuelta, perfectas. ¿Cómo encajaba ella, con su cabello rosa y vestidos floreados? No importaba, se dijo. Solo serían padres platónicos de un futuro hijo.

—El vestuario, para empezar —explicó Connor, adoptando su porte de estrella—. Hay teléfonos, muchos mensajes de texto, pero el corazón de cada historia de Austen sigue intacto. —Su voz sonaba más segura frente a las cámaras.

—Como licenciado en literatura inglesa, ¿está de acuerdo con modernizar estas historias? —preguntó la reportera.

—Lo maravilloso de sus obras es que son atemporales. Las relaciones, los malentendidos, el orgullo, los prejuicios. Por eso, incluso doscientos años después, la gente sigue leyendo y disfrutando estos libros.

Rebeca lo escuchó hablar con pasión y comprendió que realmente era una estrella. La reportera lo miraba con adoración, y ella recordó lo que él había dicho: que muchos solo veían la estrella, no a la persona detrás.

—¿Ha habido malentendidos y prejuicios en su vida? —preguntó la reportera.

La mujer tocó el brazo de Connor y Rebeca sintió que le hervía la sangre. Con naturalidad, él tomó la mano de la reportera y la devolvió al sofá.

—De vez en cuando hay malentendidos —respondió, mirando a Rebeca.

Ella se sonrojó. Sabía que se refería a aquel día en el bosque. No pudo evitar reírse y bajó la vista hacia el cuchillo para queso del plato frente a ella. ¿Qué le pasaba? Actuaba como una adolescente celosa y hormonal.

—¿Qué sigue para Connor Langley? —preguntó la reportera, lanzándole miradas molestas a Rebeca.

—Quiero tomarme un tiempo, visitar a mi padre y estar con mi familia. También tengo otras cosas interesantes planeadas —dijo, volviendo a mirar a Rebeca.

—Eso es todo por hoy. Publicaremos la entrevista la próxima semana —anunció la reportera, estrechándole la mano.

—Gracias, siempre es un placer —respondió él.

El camarógrafo recogió el equipo y salió. Connor lo acompañó

para ayudarlo con uno de los estuches. La reportera, en cambio, se dirigió a la cocina.

—Disfrútalo mientras dure —dijo—. Pronto se cansará de este pueblito pintoresco y de revolcarse en el heno contigo. —Casi escupió las palabras.

Rebeca ahora estaba segura de que había algún tipo de historia entre ellos.

—No, estás confundida. No hay nada entre nosotros. Solo lo estoy usando para que me embarace.

Lo soltó sin pensar… y un segundo después entendió el tamaño de su error.

Capítulo 7

—¿Estás bromeando, verdad? —dijo la reportera, llevándose la mano a la boca sorprendida.

Rebeca se encogió de hombros.

—No.

—Puedo hacer esto público —amenazó la mujer, con las manos enrojecidas de tanto apretar su bolso Chanel.

—No tienes pruebas, Ruth. —Connor había vuelto a entrar en la casa—. Ahora date prisa, vas a perder tu vuelo. Y procura que no se te llene la ropa de heno.

La reportera resopló y salió dando pisotones, mientras Rebeca hacía un esfuerzo por no reírse.

—¿Ruth? —preguntó Rebeca—. ¿Te acostaste con alguien que se llama Ruth?

—Ruthie quería un pedacito del superestrella —respondió él con naturalidad.

Rebeca sintió una punzada de tristeza. Era ingenioso, trabajador, divertido y encantador… Pero ¿acaso nadie veía eso? ¿Solo al famoso?

—¿Te das cuenta de que puede seguirte por el pueblo para publicar cosas sobre ti? —preguntó Connor.

—Mi tío es el jefe de policía. No le va a ir bien si lo hace. —Se levantó del taburete y se sentó en el sofá—. Impunidad, ¿recuerdas?

—Eres absolutamente terrible —dijo él, sonriendo ampliamente mientras la abrazaba.

Rebeca se sorprendió por el abrazo repentino, pero no protestó. Una extraña sensación de anhelo se instaló en sus huesos. Él la soltó antes de lo que a ella le hubiera gustado y se sentaron frente a frente.

—Supongo que la razón por la que estás aquí es para decir que sí —dijo él.

Rebeca respiró hondo y asintió.

—Tengo una condición.

—Dime. —Él le tomó la mano y, una vez más, ella sintió chispas.

—No me voy a mudar. Y no quiero que pienses que me estoy aprovechando de ti. Quiero que estés en el certificado de nacimiento. Quiero que seas padre en todo el sentido de la palabra. Pero quiero la custodia completa.

—*Ángel*, eso no…

—Déjame explicarme —insistió—. Tengo un apartamento, tengo un trabajo. Quiero que tengan una vida normal, lejos de las cámaras. Vi cómo los paparazzi te persiguieron durante dos meses enteros. Puedes venir a visitarlo cuando tengas tiempo. Simplemente no quiero esa vida para mi futuro hijo. Cuando el niño sea mayor, podemos hablar de veranos y Navidad en Londres si quieres.

—Pero quiero toda la experiencia. Quiero que sepa que soy su padre.

—Y lo sabrá. Pero seamos honestos: tienes con un horario de locos, vivirás en otro continente. ¿Acaso planeas estar 24/7 con nosotros? ¿Vas a estar aquí en las madrugadas, cambiando pañales?

—No… no lo he pensado del todo —admitió, decepcionado—.

Pero quiero estar. Solo que no puedo dejar de trabajar, y también tengo miedo de perderme todo.

—Es complicado.

—Quiero cambiar pañales —confesó.

—Pensé que la gente como tú contrataba niñeras para eso —dijo ella sin pensar.

—¿Crees que no me ensuciaría las manos? —bromeó.

Rebeca se sintió avergonzada.

—No quise decir eso.

—Entiendo tu punto. Tu mamá está aquí. Puede ayudarte mientras yo viaje.

—Y yo voy a reducir mis horas de trabajo —añadió—. Ezequiel se quedará con el servicio de taxi. Quiere ahorrar para visitar a su novio a distancia.

—¿El que vive en Canadá?

—Sí. Se conocieron escribiéndose cartas de amor. Es tan romántico…

Él sonrió.

—¿No trabaja también en el restaurante y en la oficina de correos?

—Va a dejar uno de esos trabajos. Igual que yo.

—¿Y qué haces exactamente? —preguntó Connor—. Mi investigación solo decía que eres ingeniera y que «trabajas en páginas web».

—Soy una superespía —bromeó—. 007.

Él se rio.

—En serio, ¿qué haces?

—Soy desarrolladora web. Tengo una socia y trabajamos para distintos clientes.

—Nada en ti es simple —dijo, mirándola fijamente.

Rebeca sintió el calor subirle por el cuerpo.

—En fin… —Sacó el contrato firmado—. Acepto tu oferta. Aquí está el contrato con los cambios que pidió mi abogado.

Él sonrió.

—Fuiste con Harry, supongo.

—¿También hiciste que me siguieran?

—No. Lo conocí en el partido de béisbol. Me dijo que era el único abogado del pueblo.

—Exacto. Maneja todos nuestros dramas. Y firmó el contrato de confidencialidad que pediste. —Luego añadió, más seria—: Debo informarte que ya estoy tomando vitaminas prenatales y empecé las inyecciones de maduración de óvulos. —De pronto todo se sintió demasiado real y Rebeca se mareó ligeramente.

—¿Y ahora qué sigue? —preguntó él.

—¿Nos damos la mano? —intentó bromear y sonrió nerviosa—. Supongo que el siguiente paso es que tú vayas al médico.

Capítulo 8

—¿Y cómo te fue? ¿Les gustó la web? —preguntó la mamá de Rebeca, Miriam, por teléfono.

—Sí —respondió Rebeca mientras abría el refrigerador buscando un yogur con fibra—. La aprobaron, pagaron, y ese proyecto por fin está terminado. Gabriela y yo fuimos a celebrarlo comiendo *cheesecake* de pistacho. —Gabriela era su socia—. También conseguí una nueva clienta, una chica que quiere vender vestidos de novia.

—Eso es ma-ra-vi-llo-so —dijo su mamá desde el otro lado de la línea.

Rebeca hizo cálculos mentales; pronto podrían contratar a alguien más y expandirse. El futuro de su pequeña empresa pintaba bien. Un golpe en la puerta la distrajo.

—Mamá, hay alguien tocando, tengo que colgar. Te quiero.

—Servicio de entrega farmacéutica —bromeó Connor cuando ella abrió.

Él se había ofrecido a recoger la medicación que necesitaba para la próxima semana, y dado que sería la primera vez que vería su apartamento, Rebeca había estado limpiando nerviosamente, sabiendo que pronto él estaría en su pequeño hogar de «gente normal».

—Pasa —lo guio por el pequeño recibidor hasta la sala y se sentó en el sofá gris.

Se preguntó qué vería él. Su apartamento era femenino; se había esforzado mucho por hacerlo acogedor, un hogar. Pero tal vez en los ojos de Connor era pequeño, común, demasiado rosa. Definitivamente era sencillo comparado con la casa de diseñador que él alquilaba. ¿Cómo sería su verdadero hogar?

—Vaya, te gusta mucho el rosa —señaló él, mirando las cortinas y los cojines.

—Deberías ver mi habitación —bromeó. Parecía que una Barbie hubiera explotado allí dentro, con la cantidad de volantes rosas y mariposas que tenía.

—No me molestaría —dijo él en un tono más grave, con un brillo en los ojos.

Rebeca se sonrojó.

—¿Te sirvo café? —Se levantó rápidamente hacia la cocina mientras su estómago daba volteretas.

—Por favor —respondió el, con un matiz de autosuficiencia en la voz, pues sabía el efecto que había tenido en ella—. Con una cucharada de azúcar.

Rebeca volvió minutos después, más calmada, con el café y un trozo de pastel.

—Aquí tienes.

De repente, Ana, su vecina de seis años, abrió la puerta.

—¡Mamá! —entró corriendo—. No quiero comer banana.

—¿Cómo entraste? —preguntó Rebeca, segura de haber cerrado desde adentro.

—Alguien abrió la puerta —explicó la niña, encogiéndose de hombros.

—¿Quién? ¿Cómo?

La niña volvió a encogerse de hombros.

—Era una persona amable. Pero, mamá, déjame quedarme aquí. La abuela quiere hacerme trenzas y me va a doler, y no voy a usar un suéter, quiero un vestido.

Hablaba mil palabras por segundo y, curiosamente, tenía los mismos problemas sensoriales que Rebeca.

—¿Por qué tienes que usar un suéter?

Ana llevaba un pijama de La Sirenita que Rebeca le había regalado.

—Tengo tutoría de matemáticas y no quiero ir, no voy a ir, mamá. —Cruzó los brazos, terca.

—Te hago una trenza, ¿sí? —Rebeca le acarició la cabeza—. Puedes usar un vestido y aprender muchísimas matemáticas, ¿de acuerdo?

La niña asintió y salió corriendo al apartamento de al lado.

—¡Abuela! ¡Mamá dice que tengo que no tengo que usar un suéter! —gritó por el pasillo.

—¿Tienes una hija? —preguntó Connor, sorprendido. Había permanecido en silencio todo ese tiempo.

—Técnicamente —explicó Rebeca—. Su familia murió en aquel triple accidente hace unos años; su mamá era mi mejor amiga. —La voz se le quebró. Siempre era difícil recordarlo; aquel accidente había traído una época oscura para todos. Connor tomó su mano.

—Ana vive con su abuela en el apartamento de al lado. Hacemos todo lo posible para que tenga una vida feliz, dentro de las circunstancias.

—Estoy seguro de que lo hacen —dijo él, sin apartar la mirada, y secó la lágrima que se corría por su mejilla y, en ese instante, Rebeca se sintió especial; como si fuera la única mujer que alguna vez hubiera importado. Nunca había notado lo negros e intensos que

eran sus ojos. Connor era tan hermoso que todas las palabras abandonaron su cerebro—. *Ángel* —susurró, acercándose, su colonia eclipsando cualquier otro aroma. Iba a besarla. Una vocecita en el fondo de su mente le decía que era una mala idea, pero otra voz, más fuerte, gritaba de felicidad. Sus labios estaban a un suspiro de distancia y ella cerró los ojos.

—Traje mi *scrunchie* favorito —dijo Ana entrando de nuevo, y Rebeca se apartó de golpe.

—Siéntate aquí —indicó. La niña saltó a su regazo y Rebeca comenzó a hacerle una trenza—. No —la regañó cuando el dedo de Ana se acercó al glaseado del pastel de Connor.

Él no había dicho nada en un rato. Rebeca se atrevió a mirarlo de reojo, esperando no seguir sonrojada.

Y no supo interpretar la forma tan intensa en la que la estaba mirando.

Capítulo 9

—¡Rebeca! —la voz de Connor se quebró.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Rebeca, incorporándose de la camilla donde estaba acostada.

Connor se sintió inmediatamente aliviado al ver que estaba consciente; le habían dicho que se había desmayado y había salido corriendo al hospital. Se veía viva, aunque un poco pálida.

—Tu mamá me llamó —explicó Connor, tomando su mano; él estaba temblando—. Me dijo que te desmayaste. Y como ella estaba en la capital y no podía venir, vine lo más rápido que pude. —El hospital estaba vacío, y ella tenía un rastro de migajas sobre la falda azul.

—¿Ella tenía tu número de teléfono? ¿Cómo? —Rebeca intentó levantarse de la camilla, pero él la detuvo—. ¡Estoy bien! —se molestó un poco su actitud protectora. Pero bueno, más le valía acostumbrarse, probablemente sería así los próximos nueve meses.

—Deberías recostarte. Me alegra que me haya llamado, aunque sea un gran riesgo de seguridad que alguien ande pasando mi número —se encogió de hombros—. ¿Dónde está el doctor? ¿Te hicieron estudios? Puedo conseguir un helicóptero y llevarte a…

—*Wow*... —Rebeca puso los ojos en blanco—. Connor, deja de

entrar en pánico —Era la primera vez que decía su nombre, y para Connor sonó como magia saliendo de sus labios—. Estoy bien. Me iré a casa pronto.

—Te desmayaste —insistió—. No estás bien. Al menos puedo traer al mejor especialista y…

—Aquí tenemos un doctor perfectamente capacitado. Necesitas calmarte —insistió ella.

En ese momento, Jing Hong, su especialista en reproducción, entró a la habitación. Connor lo había conocido una vez, cuando le ordenó varios estudios de laboratorio.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Jing Hong a Rebeca, iluminándole los ojos con una linterna.

—Estoy bien —intentó levantarse otra vez—. La Coca-Cola y la galleta ayudaron mucho con el mareo.

Más tranquilo ahora, Connor la ayudó a sentarse y sostuvo su mano con gesto reconfortante.

—¿Debería quedarse hospitalizada? —preguntó al médico.

—La mantuvimos en observación un par de horas —dijo el doctor, mirando sus manos entrelazadas, y Rebeca retiró la suya rápidamente—. Pero todo parece estar bien, solo es sensibilidad al medicamento; es común en pacientes de su complexión. ¿Nada de dolor? —preguntó, y ella negó con la cabeza—. Tienes que inyectarte la gonadotropina coriónica hoy, a las diez de la noche. Y estar aquí mañana, ambos, a las ocho para el procedimiento.

—Ya la tengo —respondió ella; tenía todo en el refrigerador. Connor se había asegurado de eso.

Jing Hong sacó su estetoscopio.

—Levanta la blusa, por favor.

Ella lo hizo, y por todo lo sagrado en el cielo, que cayera un rayo y fulminara en ese instante a Connor: Rebeca no llevaba sostén.

Connor no era ningún mojigato, pero nada pudo evitar el impacto de ver sus pechos redondos y perfectos. Sabía que debía apartar la mirada; sintió cómo se sonrojaba e intentó mirar a otro lado, pero su mente no dejaba de imaginar cómo encajarían perfectamente en su mano; apostaba a que podría abarcar uno por completo con la boca.

—Firmaré el alta —dijo el doctor—. Puede llevársela a casa; solo asegúrese de que descanse.

—Pensé que tenías que tomar un vuelo —preguntó Rebeca.

Él simplemente la cargó en brazos.

—Puedo comprar arte cualquier otro día. Estaba por abordar el avión, pero se retrasó, y una mujer curiosa vestida toda de blanco me impidió subir.

—¿Sabe que hay sillas de ruedas? —comentó el doctor.

Connor siguió caminando hacia la salida.

—No llevabas sostén —dijo, incapaz de quedarse callado. Los celos lo tenían atrapado.

—Son incómodos, y no tengo mucho que cubrir de todos modos —respondió con calma—. Es un doctor, y apuesto a que ha visto tantos pechos como tú, superestrella.

A un lado del pasillo, vio llegar a Laura, lista para trabajar y se sorprendió al verlos en esa posición. Rebeca estuvo segura de que todas las chicas la llamarían esa noche para pedirle explicaciones.

—No me gusta. —Connor sabía lo irracional que sonaba; no tenía derecho a estar celoso. Ella no era suya; ni siquiera era su novia. Solo eran dos personas con un plan en marcha, y quizá, probablemente, amigos. Ella podía mostrar sus pechos a quien quisiera, pero la idea le revolvía el estómago; simplemente no podía evitarlo—. No quiero que nadie más mire tus pechos.

—Estás celoso. —Rebeca soltó una carcajada ante su declaración.

Él prácticamente se estaba volviendo loco, ella lo traía de cabeza, y aun así solo se reía.

Capítulo 10

Rebeca decidió que era una persona horrible. Había querido provocar un poco a Connor cuando se quitó la camisa, pero no esperaba semejante reacción. Sabía que era bonita, con sus ojos grandes, su figura esbelta y su personalidad peculiar; siempre le resultaba fácil atraer a los chicos, solo tenía que pestañear un poco. Pero ¿afectar así a Connor Langley, la superestrella?

Quería encontrar maneras de tentarlo más. Probablemente era una pésima idea complicar aún más su relación, pero la verdad era que había algo cocinándose entre ellos. Y eso también sería una complicación terrible. Salió de la ducha reflexionando sobre todo aquello. Había demasiadas cosas en juego, y aquello podía terminar mal si ella llegaba a enamorarse. Por alguna razón, no se veía capaz detenerse. Él era tan adorable, tan protector… y la forma en que arrugaba la nariz al reír la desarmaba por completo. Decidió ponerse una sudadera cómoda y pantalones deportivos; la lluvia había hecho que bajara la temperatura.

—No puedo creer que solo tengas té de manzanilla —se quejó él, entregándole una taza caliente.

—¡Oye! Es buena para el período —respondió ella, sentándose en el sofá.

El desmayo y el día en urgencias la habían dejado agotada. Él le acomodó una manta sobre las piernas.

—¿Y no tienes leche? —bromeó, aunque parecía un poco tenso —. Vives como una salvaje.

—Soy intolerante a la lactosa —explicó. Se estiró y encendió el enorme árbol de Navidad junto al sofá—. Ana se encargó de la decoración este año —dijo, señalando cómo los adornos estaban colocados sin ningún patrón.

A él le pareció encantador.

—Te he visto comer queso —comentó distraídamente.

—No es lo mismo, eso sí puedo… —se detuvo—. Espera. ¿Cuándo me viste comer queso?

Él evitó mirarla, pasándose los dedos por el cabello.

—Estabas comiendo comida italiana con la chica del béisbol, la esposa de Juan, la de cabello negro.

—¿Maga? No la veo desde el mes pasado. Está en reposo por el embarazo. Eso fue hace meses.

—Yo estaba en el restaurante. Os estabais riendo tanto que casi te caíste de la silla. Era difícil no notarte. —Seguía nervioso.

—Eso pasa cuando tienes el cabello rosa. —Se encogió de hombros.

—No era por eso. Podría encontrarte en cualquier lugar —dijo mirándola intensamente.

Rebeca sintió que el calor le subía al rostro. Sin pensarlo, se inclinó hacia él. Estaba lista para complicarse la vida acostándose con él. De pronto sonó la alarma y ambos se sobresaltaron.

—Tengo que inyectarme la medicación —dijo, apagándola.

—¿Puedo ver? —preguntó Connor. No había podido estar presente los primeros días por trabajo.

—Supongo, pero tengo que acostarme o me dolerá más. —La

primera vez casi se desmayó por miedo a las agujas; así era más seguro—. Puedes ayudarme, venir a mi habitación —añadió, caminando hacia el pasillo.

—Esa sería una forma más fácil de hacer un bebé —bromeó él. Ella rio mientras preparaba la jeringa—. Tienes dosel —comentó él, sorprendido al ver las mariposas.

—Lo hice yo misma. —Desinfectó su abdomen con un algodón y respiró hondo—. Dios… esta aguja es mucho más larga que las anteriores. —Tomó un pliegue de piel junto al ombligo y la insertó—. Y duele más también —se quejó.

Connor se sentó a su lado y le acarició el cabello.

—¿Has estado haciendo esto todas las noches? —La lluvia golpeaba fuerte la ventana absorbiendo la conversación.

—Sí. —Cerró los ojos mientras el líquido entraba—. Las primeras no fueron tan malas. —El momento se volvió íntimo. Se sonrojó al sentir la vulnerabilidad compartida, pensando que aquello solo aumentaría cuando atravesaran el parto.

—¿Qué puedo hacer? ¿Quieres apretarme la mano, patearme, morderme, tirarme del pelo? —ofreció, tomando su mano.

Ella soltó una carcajada, distraída.

—Solo déjame quedarme aquí unos minutos. Creo que el dolor me mareó otra vez.

—¿Quieres que llame al doctor? —Sacó el teléfono.

—No, solo distráeme —dijo, abriendo los ojos.

—Una vez estaba filmando una escena a caballo y me caí. Me rompí el brazo.

—¿En serio? ¿Qué pasó?

—Estaba rodando la serie de fantasía que me hizo famoso. Un ratón asustó al caballo. Luego me desmayé del dolor cuando tuvieron que acomodar el hueso.

—Pobrecito. —Rebeca bostezó y se giró hacia él—. ¿Gastaron mucho en efectos digitales para borrar el yeso?

—Sí. Pensé que iban a reemplazarme. —Connor siguió acariciándole el cabello.

Ella cerró los ojos. Solo iba a descansar un momento. Apoyó la cabeza en su regazo mientras la lluvia la arrullaba.

—Eres irreemplazable, Connor —murmuró, luchando contra el sueño.

—¿Cómo es que estás soltera? ¿Cómo ningún hombre te ha atrapado? —preguntó él con sinceridad.

—Tal vez… no me dejo atrapar.

Capítulo 11

Connor despertó con el sonido de una alarma que no era la suya. Tardó apenas un segundo en darse cuenta de que se había quedado dormido en casa de Rebeca. El cabello de ella estaba extendido sobre su pecho, y el aroma a coco le provocaba sensaciones que no sabía cómo procesar. Todavía medio dormida, con los ojos cerrados, ella tanteó la mesita de noche y presionó el botón para posponer la alarma.

—Rebeca, cariño, despierta —dijo él, apartándole un mechón del rostro—. Tenemos que ir al médico.

Ella se incorporó de golpe en la cama; sus ojos, ya grandes de por sí, parecían enormes.

—¿Hoy es el día? —preguntó.

El perro dormía en su cama junto a ellos, al lado de una esfera del árbol de Navidad que había robado.

—Sí —respondió él, divertido por su reacción—. Hoy hacemos un bebé.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Notó el destello de nerviosismo en los ojos de ella. Esperaba que no estuviera arrepintiéndose. Rebeca se sonrojó.

—¿Nosotros...? ¿Eh...?

Connor se incorporó.

—Pasamos la noche juntos, sí —admitió—. Supongo que nos quedamos dormidos. No fue intencional. No intentaba ser un baboso.

—No, ya lo sé. Es solo que nunca había tenido a un chico en mi habitación. Es… raro. —Soltó una risita y apartó la mirada.

Él se sintió extrañamente honrado.

—Bueno, creo que apenas califico como «chico» —bromeó—. Pero ¿en serio? ¿Nunca? ¿Te gustan los chicos? ¿Los hombres?

—Me gusta todo —respondió, sorprendiéndolo—. Solo que nunca los acerco a Ana. Siempre soy muy clara desde el principio, pero al final todo se complica. Así que en algún punto dejé de intentarlo.

—Quieren más de lo que puedes dar —dijo él. Podía entenderlo. Rebeca había construido un muro enorme alrededor de su corazón. Sabía que era imprudente, pero no podía evitar imaginarse derribándolo.

—Sí, pero no puedo dar más. Estoy ocupada. —Evitaba mirarlo.

—Lo entiendo —asintió—. Las relaciones pueden ser un desastre, especialmente cuando eres una persona pública y cada vivencia termina en revistas para que todos opinen sobre tu vida.

—Leí sobre tu ruptura —dijo ella, tomando su mano—. Lo siento. —Él había salido con otra actriz; ella lo dejó por alguien con más conexiones, y luego un video suyo, ebria, contando todo, se había filtrado.

—¿Cómo es que nunca intentaste tener un bebé de la manera convencional? —preguntó él. Tal vez debería haberlo hecho antes.

—Conozco a todo el pueblo. Sería incómodo. Y se me acababa el tiempo. Era ahora o nunca. —Se encogió de hombros.

—Pero ¿nadie lo intentó en serio? Si estabas con alguien que quería más, ¿por qué no tener un hijo con alguno de ellos?

—No estoy dispuesta a compartir esa parte de mí. Ya te dije que no dejo que me atrapen. Y siempre termino saboteándolo todo. Supongo que esto era más fácil que simplemente…

—¿Que ser vulnerable? —completó él.

—¡Sí! —asintió con tanta fuerza que algunos mechones escaparon de su coleta.

Connor apartó uno de ellos detrás de su oreja. Ella contuvo el aliento. Se acercó más, hasta que sus narices casi se tocaron. Quería besarla hasta que perdiera el sentido. Quería que se abriera a él. Cada fibra de su cuerpo lo deseaba. Pero era imposible ignorar la realidad. Ella tenía una vida allí, arraigada, completa. Él vivía al otro lado del continente. Su acuerdo siempre había sido claro y práctico: compartir la responsabilidad de un hijo durante dieciocho años, no una vida juntos. Ella no buscaba más. Había sido honesta. Y eso le dolía. Confiaba en él, pero no lo quería de la misma manera que él a ella. La única persona que parecía verlo como algo más que fama o dinero… no lo veía como él deseaba. Debía controlar sus sentimientos. Se obligó a tomar distancia. A soltar esa idea. Tenía que protegerla, pero también protegerse a sí mismo y a su carrera.

—Deberíamos irnos —dijo finalmente, levantándose de la cama.

Capítulo 12

Connor llevaba varios minutos intentando estimularse sin éxito para obtener una muestra de esperma. Las revistas y el lubricante no estaban ayudando; hacerlo en una habitación de hospital estéril era mucho más difícil de lo que las películas hacían parecer. Volvió a comprobar que el cartel de «ocupado» estuviera puesto, que la puerta estuviera cerrada con llave y que sus pantalones estuvieran bien doblados sobre la silla. Miró el reloj: ya había pasado media hora.

Apostaba a que la enfermera que lo había guiado hasta allí se estaba riendo de él al otro lado de la puerta. Nunca antes le había ocurrido algo así. Se preguntó si finalmente los cuarenta le estaban pasando factura. No era casualidad que todos los donantes anónimos fueran chicos sanos de veintitantos años. Pero si tenía que ser sincero, tenía miedo.

Temía que algo saliera mal. Que el procedimiento fallara. Que alguien filtrara información sobre lo que estaban a punto de hacer. Si algo llegaba a la prensa, no quería imaginar la reacción. O a las fans más obsesivas apareciendo de la nada. Dios sabía que alguna podría incluso viajar hasta allí para intentar conseguir una muestra suya del hospital.

Su confianza bajaba; se sentía extraño no estar seguro dentro de su propio cuerpo. El tic-tac del reloj parecía burlarse de él, como si dijera: «Eres un desastre».

—Concéntrate y deja de pensar tanto —se ordenó.

Habían firmado acuerdos de confidencialidad sólidos; nada saldría a la prensa. No habría especulaciones sobre por qué ni cómo había decidido hacer esto. Eligieron esa clínica porque Rebeca confiaba en ellos. Todo saldría según lo planeado. Todo funcionaría. Y Rebeca no se derrumbaría ante la posibilidad de un resultado negativo. Rebeca lo estaba esperando. Debía ser fuerte por ella. Se preguntó si ella también estaría asustada. Tal vez estaba nerviosa, acostada en una camilla, vulnerable bajo la bata médica. Con ese pensamiento, su cuerpo reaccionó al fin. Intentó concentrarse en la imagen de ella aquel día que se quitó la camiseta. Era impresionante. Y había algo intensamente atractivo en su carácter desafiante.

El deseo se mezcló con la tensión acumulada en su estómago. No sentía culpa, aunque sabía que quizás debería. Imaginó cómo sería estar con ella en su cama con dosel, en vez de estar solo en aquella habitación fría y silenciosa.

No se trataba solo de deseo físico; era algo más posesivo, más profundo, algo que nunca antes había sentido con nadie. La idea de ella con otro hombre le provocaba una punzada incómoda de celos. Con un gemido contenido, finalmente logró lo que necesitaba. Apuntó con cuidado hacia el recipiente. Cerró el frasco con suavidad, se limpió la mano y se subió la cremallera. Miró el pequeño recipiente unos segundos, sintiendo una oleada de alivio.

—Bueno, Connor, supongo que es hora de hacer un bebé.

Capítulo 13

—¡Rebeca! ¿Qué estás haciendo? —gritó Connor desde la orilla.

Ella se sorprendió al verlo allí. La inseminación se había realizado rápidamente unos días antes, y él había regresado a su casa para pasar el resto de diciembre con su padre. No se suponía que volvería hasta Año Nuevo, cuando ella pudiera hacerse la prueba de embarazo.

—¿Estoy nadando? —respondió confundida, flotando sobre un unicornio inflable. Todo el pueblo había decidido aprovechar el buen clima y pasar el día en el lago—. ¿Qué haces aquí? —preguntó ella. Parecía que esa era su nueva frase favorita.

—¿Ese no es el actor? —preguntó David, con quien ella estaba hablando sobre un ruido extraño que hacía su auto.

Connor avanzó hacia ella; el agua apenas le llegaba a la cintura.

—¡Sal del agua ahora! —ordenó, empujando el flotador hacia la orilla.

—¿Qué haces? Todo está bien —insistió Rebeca—. ¡Ni siquiera estoy nadando!

—No puedes nadar —dijo él, levantándola en brazos como si fuera a llevársela.

—¡Eso es en el mar! ¡Esto es un maldito lago! ¡Bájame! —

ordenó.

—¿Entonces vamos a normalizar que el actor famoso ahora corretea por el pueblo como si nada? —comentó Ezequiel en voz alta.

—Pasó con Chayanne cuando se casó con esa Miss Venezuela —añadió Maga—. ¿Qué está pasando entre esos dos? ¿Alguien sabe?

—Últimamente sus horarios de trabajo han sido raros —agregó Gabriella, acomodándose el bikini verde que llevaba.

Rebeca los oía perfectamente y sintió cómo se le subía la sangre a las mejillas.

—¡Bájame!

—¡Chicos! —dijo Ariana, entrando al agua—. ¡Dijo algo sobre un bebé! —Todos jadearon al unísono.

—La última vez no vino al club de lectura porque tenía que ir al médico —añadió Maga, atando cabos.

—¿Como el nuevo médico Jing Hong? ¿Un médico obstetra quizás? —preguntó Ariana.

—Yo vi el taxi de Rebeca estacionado frente a la casa de Connor una vez —dijo David.

Florencia lo miró indignada.

—¿Y no se te ocurrió contarlo?

—¡Basta! —gritó Rebeca, soltándose de los brazos de Connor y cayendo con elegancia al suelo. Él no logró sujetarla a tiempo. Estaba furiosa—. ¡Puedo oíros a todos! ¡Y tú! —señaló a Connor—. ¿Quién demonios te crees que eres? —Caminó hacia la carretera principal, decidida a volver a casa.

—Tranquilos, por favor, ¿qué está pasando? —preguntó Jing Hong, acercándose.

—¡Dile que no estoy haciendo nada peligroso! —exigió Rebeca—. Para que deje de comportarse como un neandertal.

—El posible bebé está bien —confirmó el médico—. Puede estar en el lago. Y recuerden: nada de sexo hasta la próxima semana —añadió con una sonrisa ladeada. El pueblo entero volvió a jadear.

—¿Por qué dices eso? —Rebeca estuvo a punto de lanzarse sobre él, pero Connor la detuvo.

—Os dejo algo de privacidad —dijo Hong antes de alejarse hacia donde estaba Laura.

—*Ángel*, lo siento —insistió Connor mientras ella caminaba airada hacia su auto.

—Es que no te entiendo. estoy cuidando bien al bebé, lo juro.

—No estaba pensando en el bebé —explicó él—. Solo te vi hablando con ese tipo y algo se apoderó de mí.

—Ah —fue todo lo que dijo ella.

¿Estaba admitiendo que estaba celoso? Sintió el impulso travieso de contarle que una vez había besado a David, solo para ver su reacción.

—Perdón. Me comporté como un idiota —dijo él, tomando su mano—. Supongo que soy un tipo celoso.

—No estaba pasando nada raro —aclaró ella.

—Lo sé. Me extralimité —se acercó un poco más—. Es que eres tan bonita… y no te das cuenta de cómo te miran los hombres.

—Sé que soy bonita —replicó ella con gesto altivo—. Si alguien debería ponerse celosa, soy yo, Señor Superestrella con clubes de fans llenando todos los hoteles del pueblo solo para verte.

—Sé que no me corresponde ser posesivo contigo. El trabajo que tenía terminó y tenía un día libre antes de mi vuelo. Quería verte —dijo, apartándole un mechón del rostro—. Sé que no debería sentir esto. Solo complicará las cosas.

—¿Y sabes que si yo quisiera estar con David o cualquiera, nada me detendría? ¿Ni siquiera tú? —Sabía que debería marcharse,

seguir enfadada, evitar esos ojos negros que la miraban como si ella tuviera todas las respuestas.

—Sí, eres una fuerza de la naturaleza —concedió él con una sonrisa.

Sus narices se rozaron. Él finalmente había decidido besarla. Todo el drama de Connor era porque también le gustaba, y ella debería estar horrorizada… pero estaba eufórica.

—Rebeca, tu flotador —interrumpió David, evidentemente intentando echar leña al fuego.

Connor dio un paso atrás.

—Debería irme. No debería haber venido.

—¡Por el amor de Dios! —gritó una mujer vestida de blanco brillante desde detrás de un arbusto que Rebeca juraría no haber visto antes.

Capítulo 14

—Oh, no… —Rebeca se cubrió la boca—. Creo que voy a vomitar.

Estaba sentada en un banco junto a Florencia, tomando un capuchino mientras observaban una clase de spinning que alguien había instalado en la plaza principal. La mayoría pedaleaba sin demasiadas ganas; faltaban solo dos días para Navidad y todos pensaban más en cenas abundantes y postres que en perder peso.

—Espera, tengo una bolsa por aquí —dijo Florencia, revolviendo su cartera—. ¿Necesitas agua? ¿Un té? La cafetería está ahí mismo. ¿Te sostengo el cabello?

—Eso trae recuerdos de nuestros veintitantos —sonrió Rebeca, pensando en sus años caóticos en la universidad, en la capital—. Creo que es el café. Mejor me voy a casa. —Tomó la correa de Lolo.

—Entonces es verdad… hay un bebé —dijo Florencia emocionada cuando cerró la puerta del auto—. ¿Estás embarazada del bebé de Connor?

—Hay un veinte por ciento de probabilidad —aclaró Rebeca. Las náuseas ya habían disminuido.

—¡Dime la verdad! —insistió Florencia, golpeando el volante.

—¿Vas a contarme qué pasa entre Ignacio y tú? —replicó Rebeca.

—¡Rebeca María Domínguez Herrera! Te juro que si no empiezas a hablar ahora mismo, te pateo hasta tu casa —amenazó Florencia, volviendo a golpear el volante.

Rebeca la creyó. Eran mejores amigas desde el jardín de infantes. Florencia le sacaba una cabeza y era tan impulsiva como ella.

—Me inseminaron con su esperma —confesó finalmente—. Hace tres días.

—¿¡Qué!? —Florencia frenó de golpe; las ruedas chirriaron y el auto quedó detenido en medio de la calle, que por suerte estaba vacía—. ¡Lo hiciste por fin y no me dijiste nada! ¿Y con él? ¿Cómo pasó esto?

—Él simplemente… se ofreció. —Rebeca todavía se aferraba a la bolsa de plástico por si acaso.

—¡No puedo creer que no me contaras! Pensé que aún estabas ahorrando. —El rostro de Florencia se ensombreció—. ¿No confías en mí?

—No debía decir nada. Firmé un acuerdo de confidencialidad —explicó Rebeca—. Y Connor lo arruinó todo con su ataque de celos porque estaba hablando con David, así que supuse que ya podía contártelo. —En el torbellino que había sido su vida los últimos días, ni siquiera había pensado en cómo reaccionarían sus amigos a la noticia.

—Deberías habérmelo dicho —insistió su amiga.

—Estabas tan ocupada con el nuevo jefe de la fábrica… No quería distraerte. —Sabía que era una excusa pésima.

—Eso es una maldita tontería. Soy tu mejor amiga y no me dices que estás metida en algo con un tipo… ¿Con el tipo al que juraste odiar y hasta amenazaste con un cuchillo? ¿Con una superestrella? ¿No me dices que podría ser tía? Aunque fuera en clave, deberías

habérmelo contado.

—Lo siento. Iba a decírtelo cuando tuviera el primer resultado de laboratorio.

—Pero ¿no estáis juntos? ¿Es solo donante? No me lo creo. —Habían llegado al edificio de Rebeca—. ¿Qué está pasando entre vosotros? ¿Y cómo demonios decidiste tener un bebé con él? ¿Y por qué actúa así solo porque hablabas con otro hombre?

—Te juro por Ana que ni siquiera nos hemos besado —dijo Rebeca, omitiendo que casi lo habían hecho tres veces y que habían dormido en la misma cama—. Vio los presupuestos médicos por accidente y decidió que quería formar parte de esto. Después, todo pasó muy rápido.

—¿Y se puso así de protector de repente? —Florencia tomó el bolso de Rebeca para sacar las llaves y abrir la puerta—. Esto es impresionante. Complicado. Puede tener repercusiones enormes en tu vida. —Florencia siempre tendía a preocuparse de más.

—Prácticamente, no me esperaba sus celos —se encogió de hombros Rebeca—. Sospecho que le gusto.

—No me digas. —Su amiga se dio una palmada en la pierna—. ¿Por qué, si no, se pondría cavernícola al verte hablar con David? Se siente inseguro. Estás posiblemente embarazada de su bebé y no estáis juntos. Nunca habría hecho eso si no le parecieras atractiva.

—Aún no sabemos si funcionó. Puede que no esté embarazada. —Rebeca entró en su departamento y se dejó caer en el sofá, ya recuperada.

—Lo estarás. Lo soñé hace una semana, y ahora todo encaja. No puedo esperar a ver cómo el pueblo va a convertir esto en un escándalo.

—Dios, no había pensado en eso. Y habrá quizá paparazzi por todas partes. ¿Viste a esa mujer en los arbustos?

—No tenía cámara. Tu tío dijo que no encontró nada raro; quizá solo era alguien que pasaba por ahí. Yo no me preocuparía tanto —reflexionó Florencia—. Pero debes tener cuidado con Connor. Él parece el tipo de hombre que podría arruinarte la vida.

—Es un caballero —lo defendió Rebeca de inmediato.

—No es solo él. —Florencia se sentó a su lado—. La prensa, las fans obsesivas… Prométeme que tendrás cuidado.

—El timbre interrumpió la conversación.

Rebeca fue a abrir, pensando que sería Ana. Pero quien estaba del otro lado era Connor.

Capítulo 15

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rebeca por lo que parecía la quincuagésima primera vez—. Pensé que ya estarías en el avión.

—Escuché que estabas enferma —dijo Connor mientras entraba.

Florencia se despidió rápidamente y se fue.

—Creo que ya estoy mejor, estuve a punto de vomitar el café. Le escribí al médico y dijo que probablemente es la medicación. Es demasiado pronto para que sean síntomas de embarazo. Espera, necesito cepillarme los dientes.

Connor la siguió hasta el baño. Mientras ella lo hacía, él se movía por la casa con una naturalidad inquietante, como si también viviera allí. Debería haberle molestado, pero no lo hacía.

—¿Cómo supiste que me sentí mal? —preguntó ella.

—Un pajarito me lo contó —respondió con una sonrisa tonta.

—¿Me estás espiando? —Sabía que probablemente no, pero en ese pueblo todos estaban en los asuntos de todos.

—Alguien me llamó para avisarme —explicó.

—¿Quién? ¿Mi mamá? —Definitivamente necesitaba hablar con ella sobre límites.

—No, no conozco el número. Solo sé que era voz de hombre. —Le mostró el número desconocido en el historial.

—Márcalo —pidió ella—. Puede que reconozca la voz.

Connor llamó.

—¿Hola? —respondieron del otro lado.

—¿Dakota? —preguntó Rebeca, reconociendo de inmediato a la «reina» del pueblo. No eran cercanas, pero se habían graduado el mismo año.

—¿Rebeca? —Su voz casi se perdía entre la música de fondo; el pueblo entero parecía estar en modo celebración navideña—. ¿Por qué estás llamando al teléfono público de la plaza? —gritó Dakota para hacerse oír.

—Olvídalo, ¡adiós! —gritó Rebeca, y Connor colgó.

—Es un teléfono público. ¿Cómo consiguieron tu número? ¿Quién llamó? ¿No se supone que estás protegido? ¿Y si lo obtiene una fan obsesiva? —se preocupó ella.

—No me importa. Prefiero que me llamen desconocidos sabiendo que tú no me llamarás cuando te sientes mal. —Le dio un golpecito juguetón en la nariz.

Sonaba exactamente a algo que ella no haría.

—Lo siento. Te prometo que te escribiré con cada mínimo detalle de ahora en adelante —dijo con sinceridad—. Pero, siendo realistas, solo tenía náuseas.

—Tengo que irme. Volveré después de Navidad. ¿Vas a estar bien? —seguía preocupado.

—Estaré ansiosa, estresada y quizá mareada, pero nada puede conmigo. Soy una fuerza de la naturaleza, ¿recuerdas? —bromeó.

—Probablemente te sientas así durante nueve meses —dijo él, acariciándole el brazo—. Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—Quién sabe. La buena noticia es que me cepillé los dientes sin vomitar.

Se aferró nerviosamente a la falda de su vestido de girasoles. Notó que estaban demasiado cerca, demasiado solos, y el contacto de él le provocaba escalofríos. Las náuseas habían desaparecido, sustituidas por la intensidad de sus ojos negros. La química entre ellos era innegable. Pero estaba segura de que él volvería a apartarse. Quizá era lo mejor. Ahora que ya no estaba alterada por las hormonas de las inyecciones, podía pensar con más claridad. Había demasiado en juego si arruinaban esto.

—Tal vez debería traerte unas galletas saladas —reflexionó él, tomándola por sorpresa.

—Puedo comprarlas más tarde yo misma.

—¿Me dejarás hacer algo por ti? —preguntó con firmeza, sujetándola por ambos brazos.

—No —respondió ella con tono travieso, disfrutando de provocarlo.

—Eres una malcriada.

No le dio tiempo a replicar. Connor se inclinó y la besó.

Capítulo 16

Rebeca estaba en el cielo. Estaba pasando. ¡Estaba besando a Connor! Había besado a muchos hombres antes, pero ninguno la había hecho sentir así. Nunca alguien le había hecho sentir la sangre zumbando en los oídos y que el calor se expandiera por todo su cuerpo. Quería congelar el tiempo y vivir en ese instante para siempre. Demasiado pronto, él se detuvo.

—Me propasé —dijo, avergonzado—. Yo… —Miró al suelo, buscando palabras—. Lo siento.

—No lo hagas. —Se puso de puntillas y abrió los labios, dándole acceso fácil.

Él respondió de inmediato. Un gemido se escapó la boca de Rebeca, y eso pareció encender un fuego dentro en él. La levantó y la apoyó contra la pared del baño, y ella enredó las piernas alrededor de su espalda. Había fantaseado mucho con él y siempre imaginó que sería correcto, paciente, metódico. Pero el hombre frente a ella estaba actuando con una intensidad casi desbordada, y le encantaba.

—Más —susurró.

En una ocasión, investigándolo en internet antes de firmar los papeles, había encontrado un foro dedicado a especular sobre él el

tamaño de su miembro. Ahora, sentirlo tan cerca hacía que todas esas teorías se quedaran cortas frente a la realidad.

—Connor, espera. —Rebeca finalmente recordó algo importante e intentó apartarlo, aunque él era prácticamente inamovible.

—¿Qué? —arqueó una ceja, y el gesto casi la hizo olvidar lo que iba a decir.

—El médico dijo nada de sexo. Por los medicamentos de ovulación.

—Sí, para evitar la posibilidad de embarazos múltiples —asintió —. ¿Tienes preservativos?

—¿Tú tienes? Eres tú quien tiene millones de mujeres suspirando por ti.

—No hago esto tan seguido. —Se encogió de hombros—. No te preocupes, hay muchas otras cosas entretenidas que podemos hacer. —Le mordió el cuello y ella dejó escapar un suspiro. Le subió la falda y recorrió sus piernas con las manos mientras ella desabotonaba su camisa, dejando al descubierto su torso—. Muchas cosas con las que he soñado —murmuró cerca de su oído.

El teléfono fijo de la casa empezó a sonar. Él se detuvo y la miró.

—No voy a contestar —decidió ella.

Volvió a sonar, pero lo ignoraron. Entonces comenzó a sonar su teléfono celular.

—Creo que algo pasa —dijo ella.

Él la dejó con cuidado en el suelo para que pudiera atender.

—¿Hola? ¿Rebeca? —La voz al otro lado sonaba grave.

Un miedo incomprensible le llenó el pecho.

—¿Qué ocurre?

—Ana está en el hospital.

Capítulo 17

—Ana se hizo daño —explicó Rebeca a Connor, mirando desesperada alrededor del salón en busca de las llaves del coche. Nunca las dejaba en su sitio designado, y hoy maldecía su desorden —. ¡Mañana mismo compro un maldito gancho para colgarlas! ¿Dónde están mis putas llaves?

—Yo te llevo —dijo Connor, sacándolas de detrás de una pila de libros.

Salieron apresurados. Rebeca golpeó la puerta del departamento de al lado, pero nadie respondió.

—Llamaré a Dolores desde el camino; a esta hora debe de estar en la iglesia.

Corrieron hacia el ascensor y luego a la calle. Allí vieron a Jin Wu Shi intentando tomarle disimuladamente una foto a Connor con una Polaroid. Connor, en lugar de molestarse, posó para la foto mientras desbloqueaba el coche.

—¿Te gusta mi coche? Es mejor que tu taxi —bromeó, intentando distraerla.

Rebeca jugueteaba nerviosa con las llaves, moviendo la pierna tan rápido que seguro era capaz de generar electricidad para todo el pueblo si alguien la conectaba a un generador. Atravesaron el pueblo

en el Porsche, hoy por suerte había poco tráfico, y llegaron al hospital con Rebeca prácticamente saltando del auto antes de que se detuviera por completo.

—Ana está bien —dijo la señorita Jia al acercarse, la maestra de la escuela primaria que daba tutorías de matemáticas a Ana—. Se cayó y se golpeó la oreja contra la mesa. Necesitará puntos, pero el doctor dijo que sanará perfectamente. Necesitan que la acompañes y que completes estos datos.

—Yo me encargo —dijo Connor, tomando el portapapeles.

—¿Sabes toda nuestra información? —preguntó Rebeca.

—Mi equipo fue muy minucioso. —Le tomó la mano—. Ve con ella. Yo me encargo.

Rebeca no tuvo tiempo de analizar lo que esas palabras le provocaron en el pecho y corrió hacia el consultorio de Laura. Minutos después, Ana ya tenía los puntos y estaba lista para irse. La pequeña estaba pálida, mirando la gasa manchada de sangre sobre la camilla, pero no se quejaba; solo apretaba con fuerza la mano de Rebeca.

—Mírate, fuiste muy valiente —dijo Connor al entrar en la sala.

Ana le mostró orgullosa la herida. Laura se quedó boquiabierta al verlo. Rebeca sabía que su amiga tenía debilidad por Jing Hong, pero nadie era inmune al atractivo de Connor.

—Voy a pagar y nos vamos a casa —dijo Rebeca, notando que sus manos aún temblaban.

—Ya está pagado —respondió Connor. Le ofreció los brazos a Ana, que aceptó encantada que la cargara como si fuera un bebé.

Rebeca también habría necesitado un abrazo; estaba tan nerviosa que sentía que podría vomitar en cualquier momento.

—Connor, dime cuánto fue para retirarlo del cajero.

—No.

—¡Connor! Puedo averiguarlo —amenazó.

—Dame el dinero y juro que compraré el cuadro más caro del Louvre y lo pondré a tu nombre.

—Está bien —cedió ella—. Voy a buscar sus cosas.

Vio a Laura cubriéndose la boca para ocultar su sorpresa. Tal vez era extraño verlos discutir como una pareja. O verla a ella ceder en una discusión. Desde el incidente del lago, todos habían estado recibiendo y enviando mensajes sin parar. Rebeca los había ignorado todos pero sabía que lo que acababa de pasar pronto sería del conocimiento público. Pero en ese momento tenía algo más urgente en mente. Vio a Connor salir del hospital, susurrándole palabras tranquilizadoras a Ana, con la voz suave, paciente. Algo en su pecho se desmoronó.

Ya no era solo atracción. Era algo más profundo. Más intenso. Algo que la consumía por completo. Rebeca comprendió, con una claridad abrumadora, que estaba total y absolutamente enamorada de Connor Langley.

Capítulo 18

—Por fin se durmió —dijo Rebeca al salir de la habitación de Ana. La niña tenía una en cada apartamento.

Connor la abrazó en cuanto cerró la puerta.

—¿Estás bien?

—Voy a estarlo —respondió, devolviéndole el abrazo—. Tu teléfono está vibrando.

—Ah, sí… eso. Se suponía que ya estaría en el avión. —Lo sacó del bolsillo y lo puso en silencio.

—Dios… tu vuelo. —Rebeca se llevó una mano al pecho—. Me siento tan culpable... Lo siento muchísimo.

—No lo estés —dijo con naturalidad—. Elegí quedarme. —La rodeó con los brazos otra vez.

Él no tenía idea de lo mucho que eso significaba para ella.

—Gracias por ayudarme hoy —susurró.

Su rostro estaba muy cerca del suyo. Esto no debería estar pasando. Rebeca sabía que seguir cruzando esa línea solo podía terminar en desastre. Abrir el corazón era la forma más rápida de que se lo rompieran, y una separación de él… estaba segura de que no la soportaría. Deberían mantenerse como simples copadres. Era lo más sensato. Tenía que detenerlo.

—No puedo evitar sentir que es a tu lado donde debería estar —dijo él, apartándole un mechón del rostro. Sus ojos estaban llenos de una sinceridad desarmante. No era la superestrella quien la miraba, sino solo Connor, vulnerable ante la posibilidad de un rechazo.

Rebeca sintió un nudo en la garganta. No podía ser ella quien le rompiera el corazón. Asintió, esperando que ese gesto dijera lo que no se atrevía a pronunciar. Rodeó su cuello con una mano y rozó sus labios.

—Tenemos que ser silenciosos.

Él sonrió.

—No prometo que puedas a estar muy callada —murmuró con una media sonrisa.

Entraron en su habitación y ella cerró con llave por precaución. Apenas se giró hacia él, Connor la atrajo hacia sí. La besó con intensidad, como si hubiera estado reprimiéndose demasiado tiempo. Había una desesperación silenciosa en la forma en que la sostenía.

—¿Estás segura? —preguntó, apenas separándose—. Podemos ir más despacio. Podemos parar.

Rebeca negó con la cabeza.

—Yo también te elijo a ti.

Sus manos buscaron desabotonar su camisa, necesitaba sentirlo sin barreras. Él respondió con la misma prisa, recorriéndola con deseo apenas contenido.

—He querido hacer esto desde el día que te quitaste la camiseta —confesó contra su piel—. Me vuelves loco.

Ella soltó una risa entrecortada.

—¿Le dices eso a todas?

La pregunta se perdió cuando él volvió a besarla con más

hambre. El mundo se redujo al espacio entre sus cuerpos, a la electricidad que los recorría. Cada roce encendía algo más profundo, más inevitable. La intensidad creció hasta volverse imposible de ignorar. Sus respiraciones se mezclaban, sus movimientos eran cada vez más urgentes. Había una conexión que iba más allá de lo físico, algo que los empujaba el uno hacia el otro sin reservas. Cuando finalmente sus cuerpos se unieron, fue con una mezcla de pasión y certeza. No era solo deseo; era reconocimiento. Como si sus cuerpos hubieran estado esperándose. Rebeca se aferró a él, sintiendo que el mundo desaparecía a su alrededor. La emoción la atravesó en oleadas, dejándola sin aliento.

—*Ángel*… —murmuró Connor, con la voz quebrada por la intensidad del momento. No hacía falta decir más.

Se quedaron abrazados, respirando con dificultad, deslizándose lentamente hasta quedar apoyados contra la puerta. Rebeca apoyó el rostro en su cuello, queriendo memorizar su olor, su calor, la forma exacta en que la sostenía.

—*Ángel* —repitió él, todavía con la voz ronca—. Eso fue…

—Sí —susurró ella.

Algunas cosas no necesitaban palabras.

Capítulo 19

—¡Connor! —le gritó Rebeca desde la puerta del baño—. ¡Alguien te está llamando sin parar! Haz que pare, por favor.

—¿Puedes mirar quién llama? —Se apresuró a terminar la ducha, envuelto en una toalla alrededor de la cintura. Todavía estaba distraído, recordando lo que había pasado anoche con ella, y se preguntaba cómo no habían despertado a Ana.

—Claro, hombre del teléfono elegante —gritó ella desde su habitación—, dice «Manager».

—¿Puedes tomar el mensaje? —pidió él. Salió del baño mientras ella escuchaba la llamada, y la vio palidecer; Connor se preocupó, temiendo malas noticias.

—Dijo que te eligieron para una obra nueva —explicó ella, cerrando la tapa del teléfono—. Una obra de Shakespeare, en Londres —Rebeca lo dijo como si fueran buenas noticias disfrazadas de problema, y él se confundió.

—Eso es… bueno, ¿no? —Se puso los pantalones—. Dinero extra para el fondo del bebé.

—Tienes que estar allí en dos días para empezar los ensayos —continuó Rebeca—. Es la obra que siempre quisiste hacer, y esperan que dure años. Dijo que te conseguirá un boleto de avión para

mañana. ¿Debo felicitarte? —Lo abrazó, pero su corazón no estaba en ello—. Rómpete una pierna, ¿no?

Rebeca fingió no sentir nada, pero él vio la tristeza en sus ojos; parecía una zombi, con la mirada vacía. Le tomó un momento entenderlo. Ella estaba renunciando a todo para que él pudiera irse sin arrepentimientos. Pero su partida le dolía.

—No —decidió él. Seguramente ella no pensaría que podría dejarla justo después de anoche. Lo de anoche había cambiado todo. Ahora debía estar cerca de ella, respirar su aroma cada mañana, escuchar su risa estruendosa, ver cómo invadía cada habitación como si tuviera un ritmo distinto al de los demás humanos. Decidió que rechazaría la obra—. Hay otras obras que puedo hacer después; ahora tengo algo más importante en qué concentrarme. Hay demasiado en juego.

—No puedes rechazarla, debes ir —insistió ella con vehemencia —. Es el papel que siempre quisiste. Nunca te pediría que lo dejaras.

—Pero después de anoche… —Acarició su mejilla—. Rebeca, no hagas esto.

—Lo de anoche no cambia nada —lo interrumpió—. Fue un error. Debes olvidarlo. Y ahora debes irte. Yo tengo cosas que hacer.

Dio un paso atrás.

—Entonces ¿no significo nada para ti? ¿Quieres que me vaya? ¿De verdad? —Él quería decirle que lo de anoche había sido magnífico, que la amaba, que podían estar juntos y formar una familia real. Quería confesarle que ella había ocupado todos sus pensamientos desde aquel día en el bosque, pero se contuvo. Quizá ella no sentía lo mismo; quizá solo había confundido su química con amor—. ¿Preferirías que me fuera y no me quedara a pasar la Navidad contigo?

—Sí, Connor, debes irte —reiteró ella. Le pasó los pantalones,

con los ojos anegados de lágrimas que apenas contenía. Si le dolía tanto, ¿por qué lo rechazaba?

—Rebeca, mírame —rogó él—. No hagas esto. Quiero estar contigo, ¿no quieres estar conmigo?

—No. Que tengas buen vuelo —dijo, evitando su mirada. Entró en su habitación y cerró la puerta.

—¡Bien! —gritó él tomando sus cosas.

Antes de irse, se detuvo en la puerta, esperando que ella saliera. Contó hasta diez, pero Rebeca nunca lo hizo. Salió del apartamento, sin importarle siquiera ponerse una camisa.

Capítulo 20

—Gracias a Dios, Florencia se preocupó por ponerme al día y contarme todo —reprendió Maga a Rebeca.

Su amiga había estado en reposo por un embarazo complicado, y estaba segura de que esa era la única razón por la que no había corrido a casa de Rebeca cuando el artículo de una revista, escrito por Ruth, publicó todos los supuestos detalles de su relación con Connor. Rebeca se había echado a reír apenas leyó el montón de mentiras que publicaron; se suponía que era una revista seria, pero incluso habían llegado al punto de amenazar a Jin Wu Chi para que entregara las Polaroids de Connor. Por suerte, Olympia estaba cerca y los había echado y amenazado. Al parecer, lo habían estado siguiendo a escondidas todo ese tiempo y, aun así, no consiguieron ni un poquito de la información real. Una incompetencia total.

—Lo han visto saliendo de su departamento sin camisa. —Maga dejó la revista y miró a Rebeca—. Por cierto, felicitaciones por conquistar a este bombón.

—No es lo que parece —dijo Rebeca, aunque la evidencia era bastante contundente.

—¿No es esta la puerta de tu edificio? —preguntó Maga, sabiendo que sí lo era.

—Sé lo que dice, pero no es verdad —respondió Rebeca, avergonzada—. Sí, estuvo conmigo esa noche. Y sí, lo eché. —Evitó explicar cómo lloró toda la noche.

—«Lo han visto deprimido, y una fuente confiable que prefirió ser identificada como Cupido dijo que extraña a su chica y que tendrá que pasar la Navidad solo. La fuente también insistió en que los han visto varias veces saliendo del consultorio del obstetra-ginecólogo con ella. Así que, ¿podemos especular que la feliz pareja está esperando un bebé y que él está especialmente destrozado por pasar la Navidad lejos de su futura familia?».

—O sea que está enamorado de ti, pero tú le rompiste el corazón y lo echaste —dijo Maga con un brillo en los ojos, sabiendo que tenía razón. Tal vez pasaban demasiado tiempo juntas.

—¡Si lo pones así! —concedió Rebeca—. Pero era la obra de teatro de sus sueños. ¡Era por su propio bien!

—Hay fotos de él llorando en su auto —la reprendió Maga.

—Yo también lloré —se defendió Rebeca.

—No, esto es culpa tuya. ¿Qué le hiciste a ese hombre? Rebeca, ¿por qué siempre eres así? —dijo Maga con sinceridad.

—¡No siempre soy así! —protestó—. ¿Por qué dices eso?

—Lucas, Connor, Harry, Kevin… ¿sigo? —amenazó Maga con enumerar a todos sus exnovios—. ¿Sabes? No quiero verte perder algo real otra vez.

—Era por su propio bien. Nunca podría pedirle que dejara pasar esa oportunidad —insistió Rebeca—. ¡Jamás podría pedirle que renunciara a eso! —Temía que, si se quedaba, Connor terminaría odiándola.

—Él te lo estaba ofreciendo —dijo Maga—. ¿Por qué no lo aceptas? Estás enamorada de ese hombre. Es tu langosta.

—Sí, pero es tan especial… —Deseó tener palabras para explicar

lo increíble que era—. Se merecía hacerlo, triunfar. Vivimos en continentes distintos, y ahora que él se fue ya no hay peligro; mejor retirarse cuando voy ganando.

—¿No hay peligro de que te enamores de él? —Maga la miró, notando la excusa.

—Sí —admitió.

—Como si no lo estuvieras ya. Sé que tienes problemas de confianza por lo que pasó con tu papá; algunas heridas son difíciles de sanar. Pero algún día vas a tener que confiar en un hombre. No todos te van a abandonar también. Y si Connor Langley no logra que te abras, entonces no hay esperanza para ti.

—La cosa se pone peor. Tengo algo que confesar. —Rebeca jugueteó con su falda.

—¿Qué? —Maga se sentó derecha. La revista cayó al suelo y la ignoró.

—Nunca hablamos de más de un intento y las probabilidades de inseminación siempre fueron bajas, así que asumí que si esta no funcionaba, me evitaría muchas conversaciones incómodas en el futuro.

—¡Estás embarazada! —dedujo Maga.

Rebeca se cubrió los ojos y comenzó a llorar, las hormonas haciéndola más sensible.

—Estoy tan feliz..., pero ahora tengo que enfrentar lo que hice… y Florencia me va a matar porque te lo dije a ti primero —sollozó contra su cárdigan.

—¡Pero pensé que la prueba era el lunes! Quince días de espera y todo eso. —Su amiga se levantó y la abrazó—. ¡Felicidades!

—Me hice una prueba de detección temprana. Por eso no salí después de Navidad; estuve enferma todo el día. Solo puedo retener sopa de verduras.

—¿Le dijiste a Connor? —preguntó Maga, listilla como siempre.

—No, porque tal vez tenga que hablar de lo que pasó entre nosotros, de cómo va la obra. ¿Y si ahora es feliz allá? —Por primera vez en su vida, Rebeca tenía miedo de tener razón.

—Rebeca María, literalmente hay fotos de él sintiéndose miserable. No es propio de ti tenerle miedo al amor, incluso si eso significa amar a un hombre. —Maga le dio un pequeño golpecito en la frente—. Reacciona.

—Tienes razón —suspiró Rebeca—. Debería decirle lo que siento.

—Siempre la tengo —dijo Maga con suficiencia, echando su brillante cabello negro sobre el hombro.

—Voy a llamarlo —decidió Rebeca—. Al final de cuentas, le prometí mantenerlo al tanto. —Tomó el teléfono fijo de la mesita de noche y marcó su número.

—Te sabes su número de memoria —observó Maga.

—¿Hola? —dijo apenas él contestó—. Soy Rebeca. —Solo escuchó el tono de desconexión, que sonó inquietantemente parecido a su corazón rompiéndose—. Me colgó.

Capítulo 21

—Connor, ¿qué haces aquí? —Rebeca acababa de abrir la puerta, lista para sacar la basura, cuando se encontró con un Connor completamente desaliñado, a punto de tocar el timbre.

—Me llamaste —dijo él. Tenía el cabello revuelto, barba de tres días, la camisa arrugada y un aspecto realmente miserable. ¿Había sido ella la causa?

—Sí. —Dejó la bolsa de basura en el suelo y lo invitó a pasar—. Te llamé porque quería hablar contigo; no significaba que tuvieras que venir hasta aquí.

—Yo también quería decirte algo muy importante. —La miró directo a los ojos.

Oh, Dios. Rebeca se preparó. Ese era el momento en que él diría que ella estaba rota y que se iría para no volver a verla jamás, ni a ella ni al niño.

—Espera, mentí. —Respiró hondo; la garganta se le cerraba, pero necesitaba ser valiente, tenía que decirlo—. Esa noche Sí significó algo, lo significó todo para mí. ¡Solo tenía miedo! —gritó. Gran manera de hacerlo, se reprochó.

—Lo sé. —Connor sonrió con sinceridad—. Lo sé. No voy a dejar que me alejes nunca más. A partir de ahora, yo voy a decidir el

estado de nuestra relación —dijo con picardía—. Y tengo noticias para ti, *ángel*: eres mía. Si quiero estar con alguien, nadie va a detenerme —añadió, repitiendo sus propias palabras—. Ni siquiera tú.

—¿Viniste a decirme que quieres estar conmigo? ¿Que me eliges? —Por alguna razón, estaba lista para suplicar, aunque no creía que él realmente la estuviera diciendo eso.

—Sí. No te vas a deshacer de mí, y no voy a dejar que nos sabotees. —Le acarició las mejillas con los pulgares—. Seré valiente por los dos. ¿Entiendes, *ángel*? Me tendrás que aguantar por siempre.

Rebeca saltó a sus brazos y lo besó.

—Estoy tan feliz de que hayas vuelto. Pero ¿qué pasa con la obra?

—Expliqué mi situación y me ofrecieron un horario razonable. Tengo un suplente. También pienso pagarte muchos vuelos para que vengas a verme. ¿Crees que a Ana le gusten los aviones?

Ella lo besó otra vez.

—Espera, de verdad tengo que decirte algo.

—Puede esperar —dijo él, cerrando la puerta sin interrumpir el beso, salvo un segundo para morderle el labio.

—No voy a poder viajar tanto; tengo que hacer otra cosa, tengo algo que mostrarte —insistió.

—¿Qué? —preguntó cuando ella caminó hacia el dormitorio—. Mientras no tengas a un ex atado a tu cama, estaremos bien.

Ella lo llevó al baño y señaló el bote de basura, donde la prueba de embarazo mostraba claramente dos líneas. Connor contuvo el aliento y se quedó mudo unos segundos.

—Lo logramos al primer intento —dijo, sorprendido—. Las probabilidades eran solo del veinte por ciento.

—Supongo que fue el destino—se encogió de hombros.

—¿Estás bien? —La abrazó—. ¿Te sientes bien? —preguntó, preocupado.

—Sí, solo tengo un poco de náuseas matutinas —lo tranquilizó—. Y este lunes es mi primera cita con el doctor. ¿Quieres venir?

—No puedo creer que mi esposa esté esperando a mi bebé —dijo Connor, abrazándola otra vez.

—¿Tu qué? —Rebeca abrió los ojos, atónita, y luego se rio ante su audacia—. No estamos casados.

—Apuesto a que puedo convencerte antes de que nazca este —dijo tocando su vientre con suficiencia—. O tal vez después del siguiente.

—Ya veremos —respondió ella antes de besarlo.

Epílogo

—¡Felicidades! —dijo su mamá a Rebeca, abrazándola mientras se alejaban del altar. El sacerdote acababa de declararlos marido y mujer—. Pareces una princesa. ¡Y mírate tú! —le dijo a Connor—. Un rostro tan clásico, perfección atemporal. Qué boda tan magnífica. —Su mamá estaba tan emocionada que tenía el rostro rojo—. Ahora vuelvo. —Se alejó para saludar a Olympia.

—¿Eres feliz? —preguntó Connor a Rebeca.

—Mi mamá tenía razón, eres la perfección hecha hombre. —Rozó sus labios con los de él.

—Gracias. —Connor se sonrojó, y a ella le encantó que, incluso después de dos años, aún provocara eso en él.

En ese momento, Ana llegó corriendo hacia ellos.

—Mamá, ¿lo hice bien?

Estaba hermosa con un vestido floral rosa. Había aceptado ser la niña de las flores en la boda, mientras Lolo, ahora más viejo, había llevado los anillos hasta el altar.

—¡Lo hiciste increíble! —Connor le tocó la nariz, y la niña salió corriendo hacia la mesa de dulces—. Va directo al gluten —comentó Connor.

—¡Ana! Solo come los del plato que tiene tu nombre —dijo

Rebeca, viendo cómo Dolores corría hacia la niña para guiarla.

—Deberíamos ir a ver a los gemelos —decidió Connor.

Los bebés, de cuatro meses, estaban riendo, solo Dios sabía por qué, frente al arreglo floral.

—Me encantan las bodas —dijo Cupido, sentado en una mesa cercana junto a Fobos.

—Qué sorpresa —respondió su hermano—. Pero coincido, esta ha sido divertida.

Había sido oficialmente la boda más grande del pueblo; alquilaron la plaza principal e invitaron a todos. La temática era dorada y roja, pura opulencia. Los medios llevaban tiempo obsesionados con la pareja, especialmente porque Rebeca inventaba historias al azar solo para confundirlos. Habían tenido que contratar mucha seguridad y revisar a los invitados en busca de cámaras ocultas, pero nadie quería perderse el evento del año así que no hubo nada que reportar.

—Debo reconocértelo, querido hermano —dijo Fobos—. Esta vez fue complicada, pero lograste ganar limpiamente.

Cupido se acomodó el cabello, satisfecho.

—Lo sé. Y no tienes idea de lo que viene para ellos.

Su camisa brilló en blanco, deslumbrando a todos alrededor.

—¿Qué? ¿Los gemelos serán los próximos grandes actores de su generación? —preguntó Fobos.

—No —sonrió Cupido—. Bueno, tal vez. No lo sé.

—Vamos, dilo de una vez. ¿Qué sabes? —Fobos le lanzó una aceituna.

—Rebeca está embarazada otra vez.

Rebeca dejó de esperar el momento perfecto. Hay sueños que no pueden aplazarse… y el suyo es convertirse en madre.



Decidida a afrontar sola un tratamiento de fertilidad, **Rebeca tiene claro que el amor ya no ocupa el primer lugar en su vida**. Quiere una familia, estabilidad y dejar atrás las promesas vacías. **Lo último que necesita es a Connor Hale**: un actor famoso, arrogante y demasiado acostumbrado a que todos quieran algo de él.

Su primer encuentro termina en desastre. El segundo, en disculpas. Y el tercero cambia por completo las reglas entre ellos.

Connor no entiende por qué esa mujer, inmune a su fama y

a su encanto, empieza a convertirse en alguien imposible de ignorar. Rebeca tampoco sabe qué hacer con el hombre que aparece cuando más vulnerable se siente y que parece decidido a derribar todas sus defensas.

Entre acuerdos que no deberían complicarse, emociones que llegan sin permiso y **una atracción imposible de controlar**, ambos descubrirán que hay decisiones capaces de cambiar una vida entera.

Aunque algunas también pueden romperte el corazón.

Porque el amor no siempre llega en el momento adecuado. A veces aparece cuando ya habías decidido vivir sin él.

La autora **Caryarit Ferrer** de día es jefe de informática de un proyecto de investigación y desarrollo de un proyecto de impresoras 3D en Hewlett Packard. De noche escribe. Le encanta pasar el verano en la Toscana. Baila salsa y ballet. Y para finalizar, a veces es casa de acogida de gatitos y perritos.



Edición en formato digital: julio de 2026

© 2026, Caryarit Ferrer
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-82-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Casarme con el papá de mi bebé
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Sobre este libro
Sobre Caryarit Ferrer
Créditos